

R

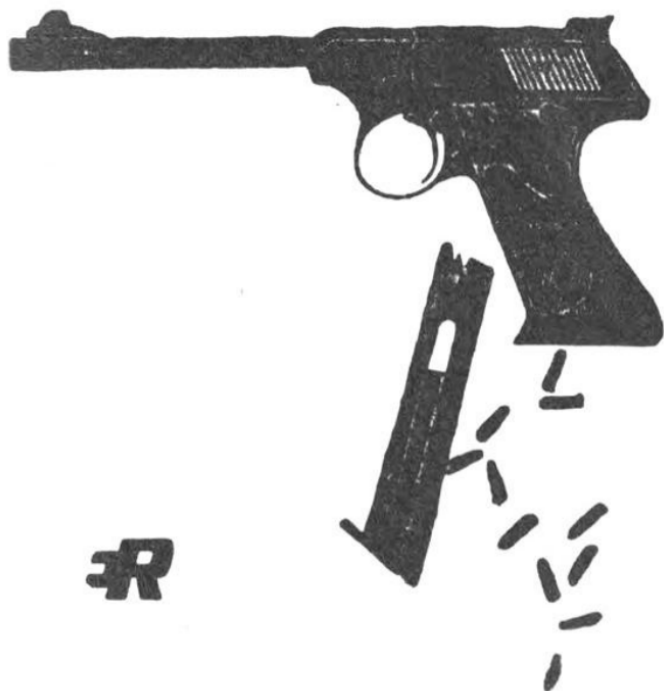
**GERARD
WOREN**

NEW YORK

**FORMULA
"H.G.H."**

FBI





R

© Gerard Woren
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
ESPAÑA

Publicación semanal,
aparece los viernes.

Depósito legal: M. 4.483-1971

Printed in Spain.

Mateu-Cromo, S. A. - Ctra. Pinto a Fuencalabrada, s/n. Pinto (Madrid).

GERARD WOREN

FORMULA HGH

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
ESPAÑA

La Biblia dice:
«Y Dios creó al hombre a su imagen y semejanza».
El hombre ha empezado ya a realizar correcciones en
esta imagen de Dios.

CAPÍTULO I

LAS olas que llegaban hasta Hazard Beach eran mansas y sucias. Olas sin fuerza, con espuma manchada de arena cenagosa y pedazos verduscos de algas.

Dean Harwell, sentado en una amplia terraza proyectada hacia el mar, con los pies indolentemente apoyados en una silla, contemplaba con gesto de hastío el vaivén incansable del agua y la lejana configuración rocosa de Gooseberry Island.

Tres o cuatro periódicos, desordenados sobre la mesa, mostraban la huella negra de la linotipia vomitando noticias más o menos sensacionalistas.

«Vietnam, el tema eterno, con sus diatribas bélicas y de carácter político».

«Un fallo eléctrico del “Géminis IV” impide a McDivitt dar el paseo espacial previsto».

«Los desórdenes raciales en...».

Dean Harwell bebió un sorbo de *whisky*, castigado por varios trozos de hielo medio consumido, y echó un distraído vistazo a la playa con los ojos entrecerrados.

El sol declinaba y apenas una docena de esforzados bañistas disfrutaban de la tibia temperatura del agua, nadando suavemente a una distancia prudencial de la costa.

El día había sido muy caluroso y una débil neblina, azulada y roja por la puesta del sol, enturbiaba el horizonte marino.

Un día más de aburrimiento.

Veinticuatro horas soporíferas que transcurrían levantándose a media mañana, comiendo en cualquier restaurante y tomando el sol en un bulevar entre trago y trago de varias bebidas refrescantes que

ayudaban a mitigar el bochorno de las tardes.

Un verdadero asco.

Y todo por una dolencia muscular y un extraño diagnóstico de quince días de absoluto descanso.

Dean Harwell encogió las piernas, empujó despectivamente uno de los periódicos hacia un lado y se recostó en el respaldo de mimbre del asiento.

Y sus ojos se iluminaron.

Una mujer acababa de salir del agua y avanzaba por la playa, caminando con torpeza graciosa por la arena.

Una mujer... ¡mujer!

El pelo largo y rubio, descolgado sobre los hombros tras haberse quitado un abigarrado gorro de baño; la piel poco morena todavía; las piernas largas y moldeadas; las caderas con carne y los senos erectos, muy descubiertos.

Y por toda indumentaria un bikini negro.

Dean Harwell se incorporó a medias en la silla y estuvo a punto de silbar de admiración, pero se limitó con gran esfuerzo de voluntad, a entreabrir los labios un poco más de lo normal.

Dos mesas más allá, hacia su izquierda, había una toalla de baño, un bolso...

Quizá...

Miró a su alrededor con rapidez.

No había nadie cerca y en la mesa ocupada por los objetos descritos ni rastro alguno de indicios masculinos.

Dean Harwell carraspeó con fuerza, bebió otro sorbito de *whisky*, casi ya sin hielo, y por unos momentos se mantuvo en actitud de éxtasis contemplativo, dándose cuenta de lo poco que a veces cubre un bikini.

Estaba perdiendo miserablemente el tiempo.

Perdiendo quince días de sosiego y tranquilidad sin buscar una auténtica diversión, sin un placer, leyendo las noticias rutinarias de los periódicos locales...

Todavía le quedaban ocho días.

La mujer estaba a menos de diez yardas y pudo contemplar con detalle su rostro mientras se acercaba a la mesa colocada a su izquierda.

Algunas pecas, ojos muy grandes y verdes, expresión plácida y

boca algo delgada, pero sensual...

Dean Harwell tamborileó con los dedos sobre la mesa y preparó con disimulo el encendedor.

Tras un buen baño siempre apetecía el sabor agradable del tabaco templando los músculos.

Sólo faltaba un cigarrillo.

Y Lana Karpis lo sacó de su bolso como si presintiese los pensamientos del hombre, abriendo una cajetilla.

—Me llamo Dean Harwell.

La mujer escuchó la voz a su lado y vio resplandecer ante su cara la llama que brotaba de un encendedor de gas de forma poligonal y con dos iniciales grabadas en el oro.

Encendió el cigarrillo sin decir nada y luego expulsó una bocanada de humo, moviendo la cabeza de un lado para otro con el propósito de conseguir que su cabello ligeramente húmedo resbalase por su espalda.

—Gracias.

Dean Harwell, apoyado sobre la mesa, esbozó una ancha sonrisa y pensó absurdamente que ninguno de sus doloridos músculos aductores se había quejado al levantarse como una centella.

—¿Puedo sentarme?

Lana Karpis le miró con curiosidad y desconfianza, echando un precipitado vistazo a los periódicos de la mesa cercana.

—¿No estaba leyendo?

—Me aburro solo.

El bikini negro parecía más pequeño todavía al estar tan cerca y del cuerpo femenino brotaba un olor suave a crema.

—Yo no.

—Yo sí.

Dean Harwell volvió a sonreír y miró con fijeza y seriedad aquellos ojos inmensos y verdes que querían expresar desdén.

—¿Cree que yo puedo divertirlo?

—Tal vez. Si me permite invitarla podremos comprobarlo rápidamente.

Lana Karpis enarcó las cejas y miró al hombre de soslayo.

Era un tipo alto, atlético, de piel oscura y pelo desmayado hacia un lado.

Su voz era gruesa, pero agradable, sin estridencias en su tono

reposado y seguro.

No era guapo, pero resultaba atractivo, masculino...

Los ojos eran también oscuros y brillantes, como un reflejo de su sonrisa franca.

Y un dato digno de tener en cuenta era que su mano no había temblado un ápice al ofrecerle la llama de su encendedor.

—¿De qué quiere que hablemos?

Dean Harwell no tuvo necesidad de otro ofrecimiento para sentarse al lado de la mujer, desdeñando las sillas colocadas enfrente.

—De usted. ¿Cómo es posible que una muchacha...?

—Me gusta estar sola. Y lo estaré si no resulta algo original, señor Harwell.

—¿Original?

—Me ha entendido perfectamente.

—¿Qué entiende usted por original?

—Que no me aburra. Eso es todo.

Dean Harwell asintió con la cabeza, procurando que no se notase su perplejidad por la desenvoltura femenina.

—En tal caso me temo que tendré que dejarla. Siempre se ha dicho que no hay nada nuevo bajo la capa del cielo. Puedo hablarla del mar, del amor, de lo aburrido que resulta Newport y su comarca... Nada nuevo probablemente para usted.

—¿No le agrada Newport?

—No —refunfuñó Dean Harwell, sintiendo que el olor de la piel femenina le excitaba—. He tomado el sol en Bailey Beach, he visitado Trinity Church, conozco el casino, he estado en Wanton-Lyman. —Hazard House que fue construida en...

—Mil seiscientos setenta y cinco. Viene en todos los folletos turísticos del Estado.

Un camarero diminuto y enclenque se acercó portando una bandeja y esgrimiendo una sonrisa conejil al darse cuenta de que Dean Harwell se había trasladado de mesa.

—¿Qué desea tomar, señorita Karpis?

—Lo de siempre, Raúl.

—¿Y usted?

—Tráigame otro *whisky*. Con mucho hielo —puntualizó, moviendo el dedo índice de su mano derecha.

Lana Karpis sacó del bolso un peine y un espejo, entreteniéndose en ordenar su pelo.

—¿Se ha quedado mudo o está buscando alguna originalidad?

—No me ha dicho su nombre todavía.

—Lana. El apellido ya lo ha oído.

—Veo que viene con frecuencia por aquí.

—Todas las tardes entre las siete y las ocho.

—Y yo perdiendo el tiempo en Bailey Beach.

—¿Está pensando en recuperarlo?

—Desde luego.

—¿No teme estar equivocado?

—Usted merece correr el riesgo.

Dean Harwell se acercó un poco más.

Las pecas eran deliciosas y traviesas.

Lo demás era algo mucho más serio.

—Juraría que me estoy enamorando por momentos.

Lana Karpis guardó el peine y el espejo, y alcanzó la toalla, colocándosela por encima de los hombros, tapando inconscientemente sus hermosos senos.

—Eso ya me lo han dicho muchas veces bajo la capa del cielo, señor Harwell.

—Bueno. Una batalla perdida no quiere decir que la guerra termine. Tal vez sin hablar sepa decirle cosas mucho más interesantes.

—¿Con los ojos?

—Y con las manos.

—Procure no ponérmelas encima. Me suelo poner muy nerviosa.

Dean Harwell se separó ligeramente al llegar el camarero y luego encendió un cigarrillo.

Toda la playa era ya una enorme mancha roja.

—¿Tiene que hacer algo ahora?

—Procurar convencer a un descarado de que aquí también se pierde el tiempo como en Bailey Beach.

—No le va a resultar fácil. Se lo advierto.

Lana Karpis seguía expresando desdén en el pronunciado arco de sus cejas.

El hombre volvió a acercarse, colocando el brazo izquierdo por encima del respaldo de la silla ocupada por la mujer.

Aquel perfume a crema y mar embriagaba más que una buena botella de *whisky*.

Era una borrachera suave y gradual.

—¿Piensa abandonarme en una población tan aburrida?

—¿Usted qué cree?

—Que no. Pienso en que vamos a ser buenos amigos, que va a comportarse con naturalidad y sin fingir enfados que no siente, que incluso va a aceptar una invitación a cenar... en mi apartamento.

Lana Karpis bebió un sorbo del batido de vainilla que estaba calentándose sobre la mesa.

—Eso ya es algo original —rió la mujer—. Otro hombre hubiese optado por una cena en un elegante restaurante, un paseo en coche por la orilla del mar y un baile «cariñoso» en una boite nocturna.

—¿Le gusta entonces?

—Ni una cosa ni la otra.

Dean Harwell se atusó el pelo hacia adelante con la palma de la mano y respiró hondo.

—¿Tiene familia aquí?

—No.

—¿Algún compromiso?

—No.

—¿Trabaja en Newport?

—Sí.

—¿Quiere cenar conmigo?

Lana Karpis no contestó, procurando dar la impresión de estar distraída.

—Voy a vestirme, si no le importa. Empieza a refrescar...

—Lana...

Su nombre fue como un suspiro.

Dean Harwell sonreía abiertamente, con los dientes blancos y perfectos perfilándose entre la boca.

Era una sonrisa joven, cínica y atractiva.

—¿Qué quiere?

—Cenar con usted.

—¿En su apartamento? ¿Completamente solos?

—Solos...

—Voy a vestirme.

Lana Karpis se alejó con andares reposados y un balanceo

inquietante de caderas.

Desapareció en una de las cabinas instaladas en la misma playa y volvió a salir diez minutos después.

Vestida con sencillez, una falda tableada de color crema y un niky rosa, muy ajustado, su armoniosa figura perdía algunos atractivos físicos para ganar en encantos sutiles y femeninos.

Dean Harwell se incorporó al llegar a su altura.

—Tengo el coche aparcado muy cerca de aquí...

Lana Karpis sonrió y recogió el bolso que había dejado confiadamente sobre la mesa.

—¿Piensa llevarme hasta la ciudad?

—Hasta Wellington Avenue. Mientras nos preparan una buena cena fría en una cafetería cercana podemos tomar algunos clams...
[1]

—Es usted tenaz, ¿eh?

—Prometo hablar únicamente con los ojos si acepta mi invitación.

—¿Eso es una garantía de formalidad?

—Hasta que me enamore del todo.

Dean Harwell dejó un billete sobre la mesa y caminaron juntos por la playa hasta llegara Ocean Avenue.

La botella de *champagne* estaba a medio consumir.

Un disco evolucionaba con rapidez y una música rítmica, con cierto matiz sudamericano, sonaba en la reducida habitación del apartamento ubicado en Wellington Avenue.

Dean Harwell apagó el cigarro, contempló al trasluz el líquido que restaba en la botella y volvió a llenar las dos copas hasta el borde.

—Si se termina pediremos otra.

Lana Karpis bebió un poco y dejó la copa sobre la mesa.

Llevaba puesta la misma ropa, sus pecas parecían manchas ingenuas y el arco pronunciado de sus cejas había perdido tensión haciendo que sus ojos expresasen un sentimiento menos desdeñoso.

—¿Quieres bailar?

—Esto es demasiado romántico, Dean. Si bailamos dejarás de hablar con los ojos.

—¿Te importa?

Dean Harwell hablaba con suavidad excitante.

—No quiero parecer lo que no soy.

—Sólo eres una mujer. Una mujer deliciosa...

—Y tu un descarado, un atrevido.

—Un hombre. Lana. Nada más que un hombre.

—Se está haciendo tarde y debo regresar.

—Sólo diez minutos más.

Lana Karpis no tuvo fuerzas para negarse ni resistió cuando Dean Harwell le tendió ambas manos para bailar.

En realidad Lana tampoco tenía porque negarse.

—¿Te veré mañana?

—Quizá.

—Necesito una respuesta afirmativa.

—Tal vez.

Dean Harwell sintió su cuerpo pegado al suyo.

Y un calor tenue que subía desde el pecho hasta la cabeza, emborronando los pensamientos.

Todavía olía a mar.

Hundió la nariz en el pelo y apretó con la mano derecha sobre la cintura cimbreante.

Más calor.

—¡Dean!

Fue un reproche apenas audible.

—¿Qué?

—Estás perdiendo los papeles.

—¿Quieres casarte conmigo ahora mismo?

—No.

—¿No te parezco un marido apropiado?

—No. Sólo eres un desconocido y empiezas a pasarte de la raya.

Lana Karpis se separó y recogió su bolso.

Dean Harwell volvió a cogerla por la cintura.

Se miraron profundamente.

Y las pecas adquirieron un tono sonrosado y caliente.

—Prometiste formalmente que...

—Te estoy hablando con los ojos, Lana.

Se besaron.

Dean Harwell sabía hacerlo y Lana Karpis sólo resistió lo que humanamente puede resistir una mujer cuando unos labios queman y acarician.

—Me voy...

Volvieron a besarse.

El disco se había detenido en su giro y la habitación estaba silenciosa.

Con mucha luz.

Dean Harwell pensó inconscientemente que el interruptor estaba demasiado fuera de su alcance y Lana Karpis pudo separarse ligeramente con la boca entreabierta y la respiración un poco agitada.

Su rostro estaba enrojecido, sus ojos verdes oscurecidos y su pecho agitado bajo el niky.

Y sus brazos, sin haberse dado cuenta, alrededor del cuello masculino.

—Esto no era lo pactado —dijo, bajando la cabeza.

—¿Tenemos alguno de los dos la culpa?

—Tu.

Acababa de sonar el teléfono.

CAPÍTULO II

AL caminar por el empedrado sendero, con la respiración contenida y la piel bañada por un sudor que nacía de todos los poros de su cuerpo, Roger Burnet tuvo la absoluta y macabra seguridad de que sus minutos estaban contados.

Aquel presentimiento, jamás sentido anteriormente durante las difíciles y peligrosas misiones llevadas a cabo, parecía nacer de mil detalles rutinarios.

Tal vez del silencio de la noche.

Tal vez del brillo blanco y caliente de las estrellas.

Quizá del ronco bramido del mar cercano que golpeaba sorda e incansablemente en los diques levantados veinte yardas más allá de la cinta asfaltada de Ridge Road.

Y especialmente de las dos pistolas automáticas que empuñaban dos de los tres hombres que caminaban tras sus pasos.

Roger Burnet procuró caminar erguido y sin mostrar el temblor vacilante de sus largas piernas.

Iba a necesitar de toda su sangre fría y experiencia si deseaba salir con vida de aquel atolladero.

Sudor bajo las axilas, sudor en el cuello y en las manos...

Sudor de muerte.

Se detuvo al rato, junto a un camino arenoso que se desviaba hacia la izquierda, y esperó pacientemente que alguno de sus silenciosos acompañantes le diese una orden.

Tres sombras alargadas y descomunales se perfilaban en el sendero anunciando el deseo de matar en silencio, sin estridencias y sin prisas, con plena seguridad de que la pieza capturada no tenía resquicio para poder escapar.

—¡Sigue por ahí!

El batir de las olas sonaba más cercano y de vez en cuando el sonido mecánico del motor de un coche se perdía por la empinada pendiente que pasaba junto al jardín, alejándose hacia Brenton Point.

Obedeció la indicación sin rechistar y alcanzaron en cuestión de algunos segundos una edificación de poca altura con aspecto de ser un garaje particular a juzgar por la línea asfaltada de un pequeño camino que se abría paso hacia una puerta enrejada.

La noche era tibia y tranquila.

Una noche para descansar plácidamente en cualquier lugar y no para tener que desaparecer en las profundas aguas de la bahía de Narragansett después de haber recibido dos tiros en la espalda o en la nuca.

—Saca el coche, Peter.

Una leve presión del dedo índice en una especie de disco plateado puso en marcha el moderno mecanismo de una puerta metálica que se descorría abriéndose en dos mitades.

Roger Burnet pudo ver la oscuridad de un taller mecánico y la forma de un automóvil cuya marca no pudo reconocer a simple vista.

Cada segundo que pasaba era una posibilidad perdida.

Tenía que actuar con rapidez, jugándose la vida a una sola carta, desafiando con fanatismo la amenaza de aquellas dos pistolas que tarde o temprano iban a disparar.

Antes de que le introdujesen en el interior del coche, en donde forzosamente cualquier acción tendente a una huida se vería obstaculizada por el reducido espacio del vehículo y el cerco implacable de dos hombres colocados uno a cada lado.

Con los nervios en tensión, mordiéndose los labios, Roger Burnet esperó que el coche se pusiese en marcha lentamente para salir del garaje.

Los dos faros alumbraron el jardín y las sombras compactas y alargadas de varios cipreses.

Había llegado el momento.

El conductor pulsó sendos botones de cada puerta para quitar el seguro y uno de los hombres que le vigilaban cometió la torpeza de rodear el vehículo por su parte delantera con el fin de entrar por la puerta opuesta.

Sólo una pistola apuntándole.

Roger Burnet sintió que la sangre se alborotaba dentro de sus venas y que le castañeaban los dientes por la tensión crítica del instante.

Y actuó.

Su mano izquierda hizo un movimiento rapidísimo de arriba a abajo y un solo golpe brutal por su violencia y su efectividad se abatió sobre la carótida derecha del individuo que permanecía a su lado.

El hombre, un tipo fornido y de media estatura, acusó el impacto y se desplomó como un fardo, soltando el arma.

Su corpulencia chocó aparatosamente contra el guardabarros trasero, pero Roger Burnet ya no pudo verlo.

Con rapidez, dando un vigoroso salto para ponerse a salvo de la pistola del otro individuo, se dirigió hacia el conjunto de cipreses mientras el hombre colocado al volante mascullaba una serie de juramentos obscenos.

—¡No dispaes, Kirk! ¡Pueden oír los tiros!

—¡Maldita sea!

El coche se puso en movimiento, girando hacia su derecha, y el alumbrado intensivo del vehículo iluminó con rapidez y profundidad el lugar hacia donde Roger Burnet se había dirigido en su precipitada huida.

—Síguelo. ¡Si se escapa nos desuellan vivos!

El hombre derribado se incorporó medio aturdido, mirando en torno suyo.

Recogió la pistola y permaneció indeciso durante un rato para luego seguir, tambaleante, los pasos de su compañero en persecución del hombre que huía.

Roger Burnet eludió con rapidez el haz de luz que descubría su situación y aumentó el ritmo de sus zancadas en dirección a la verja de hierro que rodeaba el jardín.

Durante unos segundos se apoyó en uno de los árboles para recuperar el ritmo normal de su respiración y luego reemprendió la huida con renovados bríos.

Varias luces se habían encendido en el lujoso edificio y la luna, en cuarto menguante, proyectaba un tenue resplandor sobre los árboles y las zonas umbrosas del recinto.

Rugía el mar.

Con furia, con obstinación...

Un coche pasó por la carretera a gran velocidad y sus luces de situación dieron la impresión de ser varios ojos rojos inyectados en sangre.

Más lejano todavía sonaba el zumbido agudo de la sirena de algún barco que se abría paso en las aguas de la bahía.

Ruidos todos ellos escuchados en muchas ocasiones sin darles importancia, pero que ahora adquirirían un relieve especial.

Eran la vida...

El símbolo de la libertad.

Roger Burnet avanzó a trompicones, pisoteando el césped y las plantas.

Sólo era necesario salvar el obstáculo de la verja, trepar y saltar al otro lado.

Y luego correr.

Correr en la noche hasta perder el resuello intentando conseguir que algún coche le recogiese por la carretera camino de Newport.

Oyó voces cercanas y pasos precipitados que se acercaban.

Y hubo algo inexplicable que le advirtió del peligro.

Quizá su experiencia, su preparación...

Se quitó la chaqueta con rapidez y la arrojó contra la verja.

Una descarga eléctrica le hizo retroceder dos pasos mientras su americana quedaba chamuscada y retorcida entre el alambre y los hierros que limitaban la propiedad.

¡La verja estaba electrificada!

Se quedó pálido, sin aliento, mientras el cerco se estrechaba y su única posibilidad de huida se esfumaba en la noche simbolizada por el agudo chisporroteo de la ropa.

Otro coche transitaba a mediana velocidad por Ridge Road y Roger Burnet gritó con todas sus fuerzas sin conseguir que el conductor del vehículo le oyese.

La noche se hacía más caliente y bochornosa a medida que la sangre circulaba por sus venas con mayor rapidez ante el inminente peligro que le rodeaba.

Y ahora estaba seguro de que serían capaces incluso de disparar si era necesario con tal de evitar su posible huida.

Echó a correr de nuevo en sentido horizontal por un estrecho y

empedrado camino.

¡Tenía que salir de allí!

O comunicarse con alguien.

Era preciso.

Absolutamente preciso o su osadía y su sacrificio resultarían totalmente estériles.

Roger Burnet se agazapó junto a la maleza y miró hacia la casa, una mansión antigua que había sido restaurada hacía pocos años a base de un buen montón de dólares.

Volver allí significaba meterse en la boca del lobo, pero probablemente, si tenía suerte, sería el último lugar en que le buscasen y tendría la oportunidad al menos de telefonear.

Descubrió a sus dos perseguidores junto a la verja.

Estaban quietos, observando los restos chamuscados de su americana.

Arrastrándose sigilosamente se puso de nuevo en movimiento, avanzando con cuidado.

Tal vez pudiese penetrar en la casa por la parte trasera.

El jardín era enorme y tener que recorrerlo a palmo a palmo para localizarle podía darle tiempo suficiente para encontrar un teléfono, aunque luego sólo le restase esperar que le descubriesen en cualquier rincón.

En su cauteloso avance pudo observar que otros os hombres se habían unido a sus perseguidores, usando sendas linternas de gran radio de acción y potente luz.

El sudor seguía inundando su fuerte complexión física y todavía no había recuperado el color casi normal de su rostro, algo pálido por la emoción y miedo que quisiese o no albergaba su carne.

Paso a paso, centímetro a centímetro, fue bordeando el edificio hasta colocarse frente a la parte posterior.

Había dos puertas pintadas de blanco y dedujo con rapidez que se trataba de unas entradas habilitadas única y exclusivamente para el servicio.

Tal vez por allí...

Roger Burnet avanzó con el torso inclinado y se pegó materialmente a la fachada del edificio, mirando en torno suyo con precaución.

Luego, con habilidad y rapidez, consiguió abrir una de las dos

puertas y penetró en el interior de la casa, cerrando la puerta inmediatamente tras de sí.

Respiró hondo, secándose el sudor que inundaba su cara con la manga de su camisa.

Otra vez en la boca del lobo.

Otra vez junto a la angustia y el atroz descubrimiento que estaba a punto de costarle la vida.

Creyó escuchar respiraciones jadeantes por todos los rincones.

Alientos infrahumanos...

Dominó un instintivo escalofrío de horror a base de voluntad y avanzó por un pasillo a tientas, sin pulsar el interruptor de la luz que había conseguido localizar con algo de suerte dejando resbalar sus manos por la pared.

La oscuridad reinante le ayudaba inconscientemente a recordar y no deseaba hacerlo.

Tenía que conseguir un teléfono.

¡Sólo un teléfono!

Sabía que sus minutos estaban acortándose, que tarde o temprano sería descubierto y que sus perseguidores adoptarían mayores precauciones para cumplir con una orden inexorable.

Dos balazos y el fondo lleno de algas de la bahía por tumba.

La luz de una linterna se deslizó junto a una ventana y tuvo que agacharse.

Estaban tras sus pasos.

Demasiado cerca ya para desperdiciar cada segundo.

Roger Burnet siguió tanteando a lo largo de la pared hasta que tuvo la certeza de encontrarse frente a una puerta.

Era necesario arriesgarse.

Abrió con rapidez y luego encendió la luz.

Se trataba de una habitación estrecha y sin ventilación.

Y sin proyección exterior al jardín.

Un teléfono gris reposaba sobre una mesa de mármol.

Sólo faltaba comprobar si el aparato tenía línea exterior o servía únicamente para comunicaciones interiores.

Descolgó el auricular y atrancó la puerta con un débil cerrojo.

Un pitido lejano y estridente procedente del auricular le puso sobre aviso de que la suerte le había acompañado.

Marcó un número con precipitación, sudando más copiosamente

que antes.

La luz de la habitación sería fácilmente visible si alguno de sus perseguidores entraba por la parte trasera del edificio.

El teléfono proyectaba sobre su oído izquierdo la señal de una llamada larga e insistente.

Nada.

Se mojó los labios y aguardó unos segundos mientras tuvo la impresión de que en el pasillo sonaban pasos.

—¿Sí?

Roger Burnet respiró con ahogo.

—¿Harwell?

—¿Quién llama?

La voz que brotaba del aparato sonaba malhumorada y violenta.

—Soy Roger. Escúchame...

—¿Qué diablos quieres a estas horas?

—Estoy en un aprieto. Y no hagas preguntas.

Pasos...

—Estoy ocupado...

—Estoy en Ridge Road. He descubierto algo que es necesario que sepas.

—¿No puedes contármelo mañana?

—Me van a matar, Dean...

Su voz sonó estrangulada.

—¿Qué estás diciendo? No estoy de humor para...

Una patada hizo saltar el cerrojo.

Y dos hombres, dos pistolas, aparecieron en el umbral.

Roger Burnet apretó con fuerza el teléfono en su mano izquierda y enseñó los dientes a la muerte.

Dos proyectiles le abrieron las carnes a la altura del pecho y le empujaron contra la pared.

—¡Roger...! ¡Roger!

Era una voz chillona brotando del auricular.

Roger Burnet se apoyó en la mesilla notando que su boca se llenaba de sangre y que no podía articular palabra.

—¿Qué pasa?

—Berkeley...

—¡Roger!

—Hache-Ge-Hache... ¡Berkeley!

Roger Burnet se desplomó poco a poco y el auricular se desprendió de su mano golpeando varias veces contra la mesilla.

Sus labios se habían quedado sin sangre y su rostro adquirió un matiz violáceo.

Cayó de costado, con la mirada vidriosa y la camisa blanca tiñéndose de rojo en dos círculos deformes a la altura del pecho.

Y ya no pudo pronunciar palabra.

—¿Qué ocurre?

Una mano recogió el auricular y la voz entre asustada y ansiosa de Dena Harwell cesó instantáneamente al quedar colgado el aparato.

Roger Burnet, agente especial del Gobierno de los Estados Unidos acababa de morir.

CAPÍTULO III

DEAN Harwell se llenó los zapatos de arena y piedras molestas al cruzar la reducida playa enclavada en Brenton Cove hacia un cordón de seis policías uniformados que impedían la proximidad de los pocos curiosos que contemplaban la escena.

Hacía apenas dos horas que había amanecido y el ambiente era neblinoso y húmedo.

El cuerpo de un ser humano, un hombre a juzgar por sus ropas empapadas, yacía derribado boca abajo y las debidas olas de la madrugada mojaban sus pies desnudos.

—¿Señor Harwell?

—Yo lo soy.

—Me dijeron que le avisase por si reconocía...

Dean Harwell no tuvo necesidad de agacharse ni molestarse en ver el rostro azulado del cadáver para comprobar que no se trataba de Roger Burnet.

Aquel hombre estaba en avanzado estado de descomposición y su anatomía no guardaba relación alguna con Roger.

Era de estatura más reducida, menos corpulento...

—¿Es el hombre que buscaba?

—No.

—¿Está seguro?

—Completamente.

Un hombre alto y delgado, vestido de paisano, se acercó por la espalda.

Tenía grandes ojeras y cara de no haber pegado un ojo durante la noche.

—Lo siento, señor Harwell.

—¿Buscaron por Ridge Avenue?

—Dimos una batida y no descubrimos nada. Tendríamos que revisar casa por casa y aun así me temo que no lograríamos nada.

—Quizá deban hacerlo.

—Es una cuestión muy delicada. Compréndalo.

—Yo sólo entiendo que anoche han matado probablemente a un agente del gobierno y que ustedes deben ayudarnos en su localización.

—Estamos haciendo todo lo posible. Ya ve que le hemos avisado inmediatamente.

—Ese hombre está muerto desde hace varios días y no tiene señales de violencia.

—Agotamos todas las posibilidades, señor Harwell.

Dean Harwell asintió malhumorado.

—Voy a Providence. Si tienen alguna noticia concreta pónganse en contacto con la Delegación del F.B.I.

—Así lo haremos.

—Gracias.

Se alejó en sentido contrario y se descalzó nada más pisar el cemento de la acera más próxima.

La angustiada llamada de Roger Burnet, cuando todavía tenía en su boca el aliento caliente de Lana Karpis, le tenía preocupado y con los nervios en tensión.

Y la noche, larga y tediosa, había transcurrido minuto a minuto ocupado en que la policía local tratase por todos los medios a su alcance de conseguir una pista sobre el posible paradero de agente del F.B.I.

Su mejor amigo.

El veterano que durante varios meses le había acompañado incansable y atento en sus primeras e intrascendentes misiones dentro de la organización.

El hombre al que debía muchos consejos prácticos y una parte fundamental de su todavía escasa experiencia.

La idea de que Roger Burnet estuviese muerto, abatido por aquellos dos disparos que había escuchado a través del hilo del teléfono, le descorazonaba enormemente si tenía en cuenta su propia incapacidad para ayudarle.

Ridge Road era una carretera extensa, edificada en su casi totalidad frente al panorama extraordinario de la bahía y la había

recorrido inútilmente tres o cuatro veces durante la noche.

Por lo demás solo retenía en su memoria un nombre: Berkeley.

Y tres letras pronunciadas con ahogo, con la muerte probablemente agarrada ya a la garganta.

Hache. —Ge—. Hache.

¿Qué significaba todo aquello?

Roger no le había hablado, a pesar de su íntima amistad, de los motivos que fundamentaban su presencia en Newport.

Se habían encontrado curioseando las dependencias militares de la Naval War College, enclavadas en Coasters Harbor Island, y después habían tenido la ocasión de charlar animadamente en tres o cuatro ocasiones mientras paladeaban un buen trago de *whisky*.

Sus conversaciones habían sido intrascendentes.

Recuerdos.

Y ni una sola palabra de inquietud o preocupación.

¿Qué misión tan importante tenía que llevar a cabo Roger Burnet en una población tan cosmopolita como Newport para llegar incluso a perder la vida?

¿Por qué no le había dicho nada?

Dean Harwell se sintió aliviado al caminar por la acera sin la molestia de la arena en sus zapatos.

El mar estaba envuelto en una suave neblina blanca que gandleaba por encima de las olas y empezaban a sentirse los primeros síntomas calurosos del día.

Dean Harwell tardó poco más de diez minutos en cruzar Woonasquatucket River por Atvells Avenue, pero aquel lapso de tiempo se le hizo interminable debido al intenso tráfico y las muchas horas que llevaba al volante desde que saliese de Newport.

Era de noche.

Por todas partes semáforos, indicadores luminosos, tubos de neón que hacían daño a la vista, anuncios publicitarios en gran escala...

Providence, la capital del Estado, tradicional y moderna, rompía sus ligaduras atávicas con el pasado al llegar la noche y adquiría entonces todos los síntomas de una ciudad moderna y bullanguera.

Con ruidos insoportables, escapes de gas, olor a gasolina.

Dean Harwell entró en las oficinas de la Delegación del F.B.I.,

con aspecto cansado y resintiéndose del dolor muscular que le había obligado tomar unas vacaciones forzosas y aburridas hasta que apareció Lana Karpis.

Saludó con un seco «hola» a dos secretarias exuberantes de «salud física» y no tan espléndidas en cuanto a ropa que cubriese sus encantos y penetró en un despacho después de llamar a la puerta.

Que hubiese dicho «hola, preciosas» era síntoma alarmante de malhumor y las dos mujeres le miraron con curiosidad sin dejar de golpear las teclas de sus respectivas máquinas eléctricas de escribir.

Pablo Galli, de origen italiano como es proverbial en Providence, levantó la cabeza y dejó de escribir con un bolígrafo barato y mordisqueado por todas partes.

Era un tipo grueso y sudoroso.

Nada del otro mundo si no se observaba con atención sus ojos luminosos e inteligentes.

—Hola, Harwell. Siéntese.

Dean Harwell obedeció en silencio.

—¿Por qué ha venido?

Su voz era imperiosa y seca. Chillaba un poco al hablar y sudaba como un demonio dentro de las cuatro paredes de un despacho amplio y pintado de blanco.

Ficheros grises, un intercomunicador azul sobre la mesa, tres teléfonos, un sillón negro de piel...

Un mandamás como amistosamente les denominaba Dean Harwell.

Sólo el bolígrafo desmentía su cargo.

—Pensé que era necesaria mi presencia aquí.

—Se ha equivocado, Harwell. Y debió consultarlo antes.

—Me encuentro bien y...

—¿Ya no le duelen sus aductores?

Dean Harwell negó con la cabeza instintivamente.

—No, señor.

Pablo Galli consultó un cuaderno de notas.

—Casi le queda una semana. Vuélvase a Newport y descanse, Harwell.

—Pero...

—¿Qué?

—Juzgué necesario contarles los hechos personalmente. A veces el teléfono no es el medio correcto de comunicación.

—¿Sólo ha venido a eso?

Dean Harwell tragó saliva y enrojeció ligeramente ante la insinuación de su superior.

Pablo Galli era sobradamente inteligente para darse cuenta de que Dean Harwell quería algo más.

—Hay dos hombres destacados en Newport, Harwell. Ellos se preocuparán de aclararlo todo.

—Roger Burnet me acompañó...

—No le tome cariño a sus compañeros, Harwell. Ni siquiera al veterano que le haya dado las primeras y elementales lecciones de cómo debe comportarse un agente del Gobierno.

—Me encuentro perfectamente y pensé que...

—Pensó mal.

Dean Harwell asintió con la cabeza y respiró hondo.

—Sí, señor.

Pablo Galli sonrió con una mueca torcida y miró detenidamente al agente.

Sus ojos eran excesivamente profundos.

Casi malignos en su expresión despreocupada y burocrática.

—¿Qué cree que le haya podido pasar a Burnet?

—No lo sé. En uno u otro caso no será el primer agente que perdemos.

—¿Tema alguna misión especial en Newport?

—Tal vez.

—¿No quiere decírmelo?

—No tienes por qué saberlo, Harwell. Cada hombre cumple con una obligación y eso es todo.

—Quizá pudiese ayudar algo...

Estaba tentando al diablo.

Y lo sabía.

Pablo Galli se llevó el bolígrafo a los labios y clavó sus colmillos en el caperuzón de pasta.

—¿Se le olvidó decirnos algo?

—No. Le conté todo tal y como ocurrió. La policía local de Newport tiene instrucciones de comunicarse con ustedes si descubren algo.

—Este asunto es competencia nuestra exclusivamente. Olvídense de los policías, Harwell. Ahora debe limitarse a recordar sus aductores resentidos y nada más. Le veré aquí dentro de siete días, ¿de acuerdo?

Dean Harwell se levantó, dándose cuenta de que le habían echado del despacho con habilidad y diplomacia.

—Sí, señor.

Pablo Galli dio un respingo y se levantó antes que el agente hubiese salido.

—¡Harwell!

—¿Sí?

—Su estancia en Newport puede ser providencial. De no haber estado usted allí Roger no hubiese tenido la posibilidad de comunicarse con nosotros.

—Fue una casualidad.

—Le tendremos al corriente de cuánto ocurra. Y no se preocupe. Encontraremos a Roger y también a los hombres que le mataron si esos disparos fueron mortales como nos hace suponer su descripción de los hechos.

—Eso espero.

Hubo una sonrisa de hielo, pero sonrisa al fin y al cabo.

—Hasta pronto.

Dean Harwell abrió la puerta y salió, irritado y molesto.

Haber hecho un viaje exprofeso desde Newport para nada le sacaba de quicio.

Rosa Gorham dejó de teclear y le miró con una sonrisa de circunstancias.

—¿Quieres una taza de café, Dean?

—Si eres tan amable.

—Te trató duro, ¿eh? Debiste haberlo supuesto. Lleva ocho horas que no hay quien le aguante.

—No debí venir —consintió, moviendo la cabeza de un lado para otro con fatalismo.

Dean Harwell se sentó en un sillón tapizado en tela verde y permaneció cariacontecido y preocupado sin levantar la vista del suelo.

En otra ocasión, sin el recuerdo desagradable del posible percance de Roger Burnet, hubiese tenido los ojos fijos en las

admirables piernas de Rosa Gorham y de reojo hubiese admirado la altivez de los senos de Laura Brevoort.

Dos secretarias maravillosas a las órdenes del imperioso y metódico Pablo Galli.

Ogro Galli.

Rosa Gorham puso una taza de café caliente entre sus manos y se sentó; cruzando sus piernas y descubriendo sus muslos torneados y morenos por el sol.

La muchacha forzó una sonrisa en sus labios sensuales y se soltó el pelo que llevaba recogido en la nuca.

—El café se quedará frío si no lo tomas.

Dean Harwell bebió un sorbo y miró a la secretaria con fijeza.

—No, Dean. No me pidas ningún favor. No voy a poder complacerte.

—Yo no he dicho nada.

—Se lo que quieres saber y mi obligación es no decírtelo.

—¿Todavía estás enfadada?

Trató de sonreír sin conseguirlo.

—No.

—Sabes que no pude cumplir mi promesa. Tal vez en otra ocasión...

Rosa Gorham colocó un folio en la máquina con dos o tres copias y echó un vistazo a sus apuntes taquigráficos.

Y se puso a escribir.

En la otra mesa, Laura Brevoort, morena y desafiante, un poco angelical en su expresión de niña sugestiva, respiró hondo haciendo que su blusa se hinchase como un globo.

A Dean Harwell le entusiasmaban las mujeres, pero en especial, dentro de las oficinas del Bureau, le llamaban la atención las dos secretarias del mandamás Galli.

Armónicas, modernas, vibrantes, jóvenes...

Encantadoras.

Una delicia tenerlas cerca, pudiendo darles órdenes.

Pensó en Roger Burnet y su rostro se oscureció repentinamente.

—¡Rosa...!

Cuando pronunciaba el nombre de una mujer su voz cambiaba y adquiría un poder sugestivo de persuasión.

Rosa Gorham dejó de golpear las teclas a ritmo endemoniado y

le miró otra vez, descubriendo aún más sus piernas bajo la tela de su impecable minifalda color perla.

Se miraron en silencio, escuchando los suspiros tenues de Laura Brevoort.

—¿Qué piensas darme a cambio?

Dean Harwell dejó la taza de café sobre una pequeña mesa y miró receloso hacía del despacho de Pablo Galli.

Los labios, los senos pequeños y rígidos, las piernas...

—Todo —dijo, con sencillez y en voz baja.

Rosa Gorham estaba vencida.

Y Dean Harwell lo sabía.

Por eso se levantó, acercándose a la mesa. Se puso tan cerca que pudo oler con facilidad el perfume que emanaba de la piel femenina y del cabello suelto.

—Eres un sinvergüenza —musitó la muchacha, con ardor.

—Tú me haces serlo, Rosa.

Laura Brevoort volvió a suspirar y se puso a escribir con fuerza.

—¿Tienes algo que hacer esta noche?

—Sólo esperarte a que termines tu trabajo. Iremos...

—No hagas planes ahora. En cuanto te diga lo que quieres saber desaparecerás de Providence, ¿verdad?

—Volveré dentro de siete días.

—Tal vez para entonces ya esté despedida.

—No lo sabrá nadie. Te lo prometo.

Rosa Gorham puso gesto de malhumor.

¿Por qué le gustaba tanto aquel hombre?

—Gregg Complain y Harry Bochner salieron para Newport esta mañana. Cada uno se hospedarán en un hotel distinto.

Dean Harwell asintió y se atrevió a tocar el pelo fino de la muchacha.

—Gracias, Rosa.

Laura Brevoort seguía suspirando.

CAPÍTULO IV

A las siete en punto, Dean Harwell detuvo su coche en el aparcamiento cercano a Hazard Beach y caminó hacia la playa con andares reposados a lo largo de un amplio y umbroso bulevar.

Numeroso público llenaba las terrazas de los bares y se respiraba un calor bochornoso.

Ni un soplo de brisa.

Hazard Beach estaba también más llena de bañistas que de costumbre y Dean torció el gesto al darse cuenta de que le iba a resultar muy difícil conseguir una mesa, un *whisky* con hielo y leer los periódicos de la tarde mientras esperaba tener la suerte de tropezar nuevamente con Lana Karpis.

Cuerpos morenos, olor a sal y crema bronceadora...

Dean Harwell dio varios paseos en uno y otro sentido hasta que descubrió a un camarero de reducida estatura y hombros desgarrados.

—¡Raúl!

El empleado le miró sin reconocerle, deteniéndose con una bandeja llena de botellas y vasos vacíos.

—Perdone, señor. No le reconozco...

Dean Harwell alabó su buena retentiva y sonrió.

—Busco a la señorita Karpis. Estuve hace poco...

—¿Lana Karpis?

—Exacto.

El camarero esgrimió su clásica y conejil sonrisa de servidumbre bien pagada y pareció por fin reconocer al hombre.

—¡Ah! Ya recuerdo...

—¿No ha venido hoy?

—La señorita Karpis viene todos los días. ¿Quiere que le diga

dónde está su mesa?

—Veo que es un hombre perspicaz.

—Sígame.

A Dean Harwell le costó aquella localización un dólar de propina.

Sobre una mesa había un bolso, un tubo de crema, unas sandalias floreadas con suelas de goma, una toalla...

Y olor de Lana Karpis.

Dean Harwell se sentó, pidió «su *whisky*» y se puso a leer un periódico sin fijarse en otra cosa que en los titulares grandes.

Media hora después tenía dos periódicos desordenados sobre la mesa, había fumado tres cigarrillos y se había bebido dos «*whiskys*».

Acababa de encender el cuarto pitillo cuando Lana Karpis apareció frente a la mesa.

—No encontré otro sitio —se disculpó Dean Harwell, levantándose inmediatamente.

—¿De veras?

Llevaba un bikini rojo y por su rostro goteaba agua salada.

Dean Harwell le entregó la toalla con rapidez y esperó a que la muchacha se sentase para hacerlo a su vez.

—Le veo muy educado, señor Harwell.

—Anteayer me llamabas de tu...

—¿También se aburre hoy?

—No. Pensando en que era necesario disculparme por mi comportamiento no he tenido tiempo.

—No esperaba volver a verle —dijo la muchacha, echando mano a su bolso para sacar un cigarro.

Dean Harwell le ofreció uno de los suyos y le acercó la llama de su encendedor.

—No quiero que me entiendas mal. Lana. Mis disculpas se refieren al hecho de que no pude acompañarte a casa por causa de aquella llamada imprevista. De lo demás no me arrepiento en absoluto y me temo que no podré hacerlo nunca.

La muchacha le miró recelosa y huraña.

Y extrañada.

Había algo en el rostro de Dean Harwell que no compaginaba con su actitud anterior.

Deseaba hablar con desenvoltura y su gesto algo sombrío no acompañaba perfectamente a sus palabras un tanto embrolladas.

Estaba preocupado y se notaba.

—¿Sus negocios requieren siempre salidas tan intempestivas, señor Harwell?

—¿No crees que fue preferible así?

Lana Karpis se sonrojó a pesar de que intentó con toda su voluntad no sentirse afectada por la indirecta masculina.

Quisiese o no, Dean Harwell podía tener razón.

Solamente era necesario recordar sus besos, su calor y su fogosidad masculina, para comprender que si el teléfono no hubiese roto «el idilio» podría haber ocurrido algo más.

Algo peor o mejor.

Quizá nunca lo supiesen los dos.

La muchacha quiso hacer daño con su respuesta.

—Eso ya no tendrá ocasión de saberlo, señor Harwell.

—¿Por qué no?

—Porque no volveré a estar sola con usted, no le dejaré poner música «dulzona» y por supuesto no consentiré que me toque.

—¿No quieres cenar conmigo esta noche?

Lana Karpis le miró entre perpleja y asustada por su inesperada desfachatez.

—¿Para qué? ¿Para tener que regresar sola a mi casa de madrugada y en un taxi?

Dean Harwell se sentía molesto. Cada palabra que se refería a su aventura nocturna tocaba directamente al asunto de Roger Burnert.

Y Roger Burnert era ya un hombre muerto.

Un amigo muerto, acribillado a balazos salvajemente.

—¿Le ocurre algo? Hoy no le encuentro tan «avasallador».

—Tal vez.

—¿Problemas?

—Negocios —replicó de mala gana.

Lana Karpis apagó el cigarro y prudentemente enterró la colilla entre la arena de la playa.

—Siento que le vayan mal sus asuntos.

—¿Lo dice en serio?

—Desde luego. ¿A qué se dedica?

Dean Harwell arrugó el entrecejo. No esperaba semejante

pregunta y era absolutamente lógica.

—Pierdo el tiempo —dijo, tratando de evadirse.

—¿Y eso le causa problemas?

—A veces.

La muchacha le miró con curiosidad.

—No sé si realmente está preocupado o no. Puede que sólo se trate de una estratagema para despertar mi interés por usted fingiendo otra personalidad.

Dean Harwell trató de sonreír sin conseguirlo.

—¿No quiere un batido?

—No. Voy a vestirme. Tengo un compromiso esta noche y debo darme prisa.

—¿Un hombre?

—No —negó sonriendo—. Una fiesta.

—Ya.

—¿Quiere venir?

Dean Harwell estuvo a punto de abrir la boca.

—¿Me invita?

—Supongo que en esta ocasión me acompañará a casa.

—¿Etiqueta?

—No es necesaria. Vístase como una persona normal. Un traje, una camisa blanca, una corbata...

—Creí que estaba enfadada de verdad.

—Y lo estoy. Quiero que esta noche se aburra solemnemente, señor Harwell. No va a encontrar ocasión de estar a solas conmigo. Tengo una legión de admiradores que no le darán la oportunidad ni un instante siquiera.

—¿Es una venganza?

—Tal vez.

Lana Karpis se levantó, recogió la toalla y las sandalias y dejó el bolso sobre la mesa sin asomo de desconfianza.

—No tardaré.

Su bikini era llamativo, pero Dean Harwell no reparó en la prenda con tanto detalle como en la ocasión anterior.

Si acaso se fijó algo en la portentosa silueta femenina cuando la muchacha regresó a su lado vestida con un pantalón oscuro y una blusa blanca de seda transparente que permitía vislumbrar con claridad el color azul del sostén.

—¿A qué hora paso a recogerla?

—A las diez.

—Todavía es un poco pronto...

—Tengo que secarme el pelo, bañarme y vestirme. Y cenar.

—¿Está lejos esa fiesta?

—No. En Ridge Road, frente a la bahía.

Dean Harwell se estremeció involuntariamente.

—Cada día más hermosa, querida.

Lana Karpis sonrió mientras se daba cuenta de que la atención de varios invitados estaba fija en su figura.

—Voy a presentarle a Dean Harwell, señor Hahn.

—Es una satisfacción conocerle. Considérese que está en su casa.

Dean Harwell tragó saliva con disimulo y estrechó la mano nervuda del sorprendente anfitrión.

Richard Hahn era jorobado, de una estatura inferior probablemente al metro y medio. Tenía la cara manchada con tres verrugas negras y sonreía con aspecto sorprendentemente altivo y orgulloso para el lógico complejo de inferioridad física que forzosamente debía sentir al tropezarse con una anatomía semejante a la del agente.

—Tiene usted una casa original, señor Hahn.

—¡Oh! No es una gran cosa, créame. Un edificio antiguo y anacrónico por tanto. No reúne muchas comodidades, pero es silencioso y apartado de la civilización. Es todo lo que yo quiero para que no me molesten los inoportunos, señor Harwell.

—Admiro su elección.

—Vengan conmigo. Voy a presentarle a mi esposa. Los amigos de Lana son también nuestros amigos.

—Gracias.

Dean Harwell avanzó hacia un confortable salón en donde unas cuarenta personas de ambos sexos dialogaban en voz baja y consumían bebidas con recato.

Sillones de cuero negro, alfombras, probablemente persas, cortinas de terciopelo, candelabros de plata...

—Lana nos trae un individuo, Berenice. Te presento a Dean Harwell.

Berenice Hahn se disculpó ante dos invitados y prestó atención momentánea a su marido.

Luego sus ojos sólo se fijaron en Dean Harwell.

—¡Querida! No sabía que...

—Es un placer señora.

—Debiste traerle antes, Lana.

Berenice Hahn era joven todavía. Unos treinta años muy bien conservados, usando comedidamente de los cosméticos.

Y su cuerpo era brioso y arrogante, propio de una mujer madura, con mucho atractivo todavía en sus carnes tersas y bien alineadas.

Dean Harwell tuvo que hacer un gran esfuerzo de adaptación para no mostrar su asombro.

Richard Hahn era un ser deforme, un enano jorobado y hasta repelente.

Pero quizá con mucho dinero en sus arcas.

Y sobre todo en posesión de una flema sorprendente porque su rostro no se alteró ante las pruebas de admiración indisimulada de su esposa por el hombre que acababan de conocer.

—¿Le apetece beber algo?

Dean Harwell miró al enano y asintió con rapidez.

—Claro. *Whisky* con hielo, por favor.

Berenice Hahn se colgó de su brazo, acompañándole hacia una barra-bar colocada al fondo del salón.

—Usted no es de aquí, ¿verdad?

—No —consintió Dean Harwell, un poco violento.

—No es necesario que lo jure. Si viviese en Newport ya habríamos tenido la ocasión de conocernos hace mucho tiempo.

Dean Harwell sentía las manos delgadas y fibrosas de la mujer apretando con fuerza su musculoso brazo.

Lana Karpis, a su lado, mostraba una expresión natural y risueña, mientras cambiaba impresiones con el dueño de la casa.

Al otro lado del salón había un grupo de cuatro hombres que guardaban una similitud sorprendente con Richard Hahn.

Eran individuos con cabezas descomunales en proporción a sus cuerpos y piernas raquílicas.

Seres deformes, horrorosos...

Dean Harwell les echó un vistazo detenido sin darse cuenta de que Berenice Hahn le estaba ofreciendo un vaso.

—Perdone...

—No tiene importancia. Es lógico que llamen su atención.

—¿Son familiares de su esposo?

—Algunos —replicó la mujer con acento despectivo.

Un tocadiscos con sonido estereofónico propagaba por el salón una música rabiosa y estridente.

—¿Le gustan este tipo de fiestas?

—No suelo ser muy social, señora Hahn. Apenas tengo tiempo.

—Baile, una cena, una partida de póker... Un aburrimiento, ¿verdad?

—Yo no he dicho eso.

—Lo digo yo.

Lana Karpis reía con sencillez algunas frases elocuentes del dueño de la casa y un hombre joven y con aspecto deportivo se había unido al grupo.

Algunas parejas bailaban sueltas con un rítmico movimiento de piernas y brazos que daban la impresión de estar a punto de desprenderse del cuerpo.

—Richard tiene un espíritu muy juvenil cuando quiere —comentó Berenice—. Entre sus amistades hay de todo. Viejos que desean un rincón para dormir, hombres de ciencia, jóvenes que están absurdamente locos...

—Ya veo —dijo Dean Harwell, con una sonrisa forzada—. ¿A qué se dedica su esposo?

—No me lo pregunte. Por las mañanas está encerrado en un despacho con seis o siete teléfonos que suenan cada minuto. Y por la tarde suele encerrarse aquí para dedicarse a sus «*hobbies*». Desde moscas hasta ratones. Colecciona objetos raros, lee librotos insoportables... En resumidas cuentas no se concretamente lo que hace. Y tampoco me importa mucho.

Dean Harwell apuró un trago de *whisky*.

La música había cambiado de tono y Lana Karpis bailaba con el joven de atuendo deportivo.

Bailaban juntos, muy juntos...

—Es una casa magnífica —alabó Dean Harwell, sintiéndose inesperadamente furioso.

—Sólo ocupamos esta planta. El resto está abandonado o lo ocupa Richard en sus entretenimientos. Como puede usted comprender no vivimos aquí. Tenemos una casa moderna en

Ruggles Avenue. Esta mansión es para alguna fiesta o reunión.

Berenice Hahn hablaba con rapidez y movía las manos con demasiada frecuencia y altivez.

Dos arrugas diminutas en las comisuras de su boca le daban cierto aspecto sexual y vicioso.

—¿Quiere que le enseñe el jardín?

Dean Harwell aceptó la invitación con un asentimiento de cabeza.

Salieron juntos por un amplio balcón y descendieron una escalinata de mármol negro.

Soplaba una brisa fresca con reminiscencias de roca y mar.

La noche era agradable y tranquila.

Berenice Hahn se colgó del brazo masculino con desenvoltura y sonrió ampliamente al darse cuenta que el hombre la miraba un poco sorprendido por su confianza.

—No se molestará su esposo, ¿verdad?

—En absoluto. Tiene una absurda confianza en mí.

Dean Harwell hizo un gesto ambiguo y miró en derredor suyo. Las ventanas de la planta baja estaban cerradas y podían verse con facilidad que los marcos eran metálicos y herméticos, contrastando con el resto de la antigua edificación.

Había cipreses enormes y negros mirando al cielo.

—¿Tendremos ocasión de vernos otra vez?

—Supongo que sí.

—¿Desde cuando conoce a Lana?

—Desde hace unas horas.

—¿Unas horas?

—Exacto.

—¡Maravilloso! Me encanta saberlo.

—¿Puedo saber por qué?

—No se enfadará sí le robo su pareja en algunos momentos. O incluso algunos días. ¿Cuándo piensa hacerme una visita a Ruggles Avenue?

Era lógico.

Richard Hahn tendría dinero, probablemente mucho dinero, pero el vil metal no lo es todo en la vida.

Una mujer como Berenice necesitaba algo mucho más íntimo.

Y lo pedía con descaro y hasta vehemencia mirando al hombre

con detenimiento como si ya se conociesen de toda la vida.

Dean Harwell paseó la mirada por el jardín y se sintió algo incómodo al notar la presión de los dedos femeninos en su brazo como si desearan comprobar la calidad de sus músculos.

Aparte de la desasosegante presencia de Berenice Hahn, Dean Harwell se sentía inquieto por algo que no era tangible.

Estaba en Ridge Road y forzosamente el recuerdo de Roger Burnet acudía una y otra vez a su cerebro.

Probablemente su cuerpo estuviese cerca de allí, sin vida...

Por otro lado, las ventanas y sus refuerzos metálicos y sólidos llamaban también poderosamente su atención.

Aquella mansión tenía algo de lóbrego y misterioso que ni el ruido insoportable del tocadiscos, lanzando al aire un ritmo febril y trepidante, ayudaba a mitigar.

Tal vez influyesen asimismo los cipreses con sus figuras alargadas y copudas que reflejaban en sus ramas el respeto y la alucinación de los muertos.

—¿Le pasa algo? Le veo distraído.

Dean Harwell oyó la voz de Berenice reclamando su atención con cierto tono ofendido.

—Lo siento —se disculpó el hombre, con rapidez—. Me distraigo con frecuencia.

Caminaron por un largo sendero empedrado.

Muy cerca ya, a unas diez o doce yardas, se alzaba una verja de unos diez pies de altura.

Más allá se podía apreciar un poco difusa la línea asfaltada de la carretera.

—¿No le gustaría besarme, Dean?

Dean Harwell enarcó las cejas.

Lo estaba temiendo.

Carraspeó con fuerza y miró en torno suyo.

—No quisiera que una amistad tan reciente se trocase en enemistad, señora Hahn.

—Llámeme Berenice. Es más íntimo. Y no se preocupe por mi esposo. No se molesta por estas cosas.

—¿Está segura?

—Completamente.

Dean Harwell obedeció a disgusto. Ni la pareja ni por supuesto

el lugar eran de su entero agrado para llevar a cabo aquellas manifestaciones de deseo.

—¿Es siempre tan frío?

—A veces —sonrió el hombre.

Se separaron.

—No quisiera oírle decir que está enamorado de Lana. Me llevaría una gran decepción.

—No tema por eso.

Estaban junto a la verja que limitaba la gran extensión del jardín.

Y hasta allí llegaba el manso runruneo del mar batiendo las rocas de un acantilado cercano.

—¿Por qué no prueba otra vez?

Dean Harwell se mojó los labios, inseguro y desconfiado por la sorprendente actitud de una mujer que le había conocido hacía tan sólo unos pocos minutos.

Siempre le habían gustado las conquistas rápidas, pero aquélla llevaba la velocidad del vértigo y una desfachatez sin límites por parte de su oponente.

Y una conquista, para ser atractiva, precisaba por lo menos de una resistencia pasiva por la parte femenina y no un ataque tan descarado como el que estaba llevando a cabo Berenice Hahn.

—¿Le asusto acaso, Dean?

—No —negó el hombre, sin mucha convicción.

—Me gusta vivir de prisa y no andar con rodeos. Cuando un hombre me gusta se lo demuestro enseguida para que él tampoco pierda el tiempo lastimosamente.

—No es una táctica muy usual.

—A mí me da resultado siempre.

—No lo dudo.

Berenice Hahn se acercó más. El escote de su vestido era amplio y dejaba ver más de la mitad de sus pechos.

Dean Harwell miró previsoramente en dirección a la casa mientras un escalofrío extraño le raspaba la médula.

Cualquiera que le conociese y hubiese tenido la oportunidad de verle en aquel momento, indeciso y contrariado, se hubiese llevado una sorpresa morrocotuda.

—¿No le gusto, Dean?

—No es eso.

—¿Qué es entonces?

—El sitio, las circunstancias...

—Olvídese del mundo. Ni usted ni yo lo necesitamos para divertirnos esta noche.

—Pueden vernos desde la casa.

Berenice Hahn cogió la mano del hombre y le arrastró hacia un grupo de árboles.

Había vicio en sus ojos ardientes, en la comisura de sus labios que parecían temblar ligeramente...

Y una decisión firme, casi neurótica.

Dean Harwell tuvo que besarla dos veces poniendo a contribución su innato deseo de hombre para que la mujer no se sintiese defraudada del todo.

—Así está mucho mejor...

Berenice Hahn sonreía con expresión entre divertida y malévola.

—Hemos venido a ver el jardín, ¿no es eso?

Dean Harwell enarcó las cejas y sonrió al escuchar la sorprendente frase femenina que no guardaba relación alguna con su actitud.

—Si tú lo dices —tuteó.

—Mañana por la tarde pienso ir a Goat Island. ¿Te gustaría acompañarme?

—¿Hay algo atractivo allí?

—Playa y sol. Y muy poca gente, casi nadie.

—Será un placer.

—¡Señora!

Dean Harwell se volvió con rapidez.

Un hombre alto y corpulento estaba muy cerca de ellos. A juzgar por sus ropas era un criado de la casa.

—¿Qué quieres, Kirk?

—El señor reclama su presencia en el salón. Acaban de llegar dos nuevos invitados a los que no ven hace mucho tiempo.

Berenice Hahn hizo un gesto de desagrado y Dean Harwell dio gracias al cielo de que el criado no hubiese irrumpido antes en presencia de ambos.

—No se mueva de aquí, Dean. Volveré en unos minutos.

—Está bien.

La mujer y el criado desaparecieron por el camino empedrado hacia la casa.

Y Dean Harwell se quedó a solas, todavía un poco estupefacto por los rápidos e inesperados acontecimientos.

Paseó a lo largo de la verja, de un lado para otro, inquieto y desasosegado e interpretando que su alterado estado de ánimo se debía única y exclusivamente a Berenice Hahn y su comportamiento.

No podía haber otra razón para que su excitación no pudiese ser controlada con facilidad.

¿O acaso...?

Dean Harwell se detuvo en su deambular y miró hacia la casa.

El piso primero daba la impresión de estar deshabitado por los indicios de descuido que era fácilmente apreciables a simple vista.

Ventanas sin cortinas, algunos cristales rotos...

Y en contrapartida, ofreciendo un contraste demasiado relevante, la planta baja herméticamente cerrada a cal y canto, con ventanas tapiadas en algunos casos o considerablemente reforzadas.

Una pequeña fortaleza inaccesible desde el exterior.

¿Qué podía guardar allí un hombre de las características físicas de Richard Hahn?

¿Por qué aquellas medidas tan eficientes y poco en consonancia con el resto del edificio?

Dean Harwell se mantuvo meditabundo durante largo rato mientras esperaba pacientemente que Berenice regresase a su lado.

Diez minutos.

Tal vez quince ya.

Tiempo suficiente para que Dean Harwell hiciese un descubrimiento afortunado y poco esperado.

Horizontalmente, proyectándose desde la casa a lo ancho del jardín, había, siguiendo los márgenes del camino, dos ondulaciones apenas perceptibles en la tierra arenisca.

El trazado de ambos desniveles terminaba en la verja, separándose en distintas direcciones.

Dean Harwell se agachó y tanteó con ambas manos el suelo, cerciorándose de que era muy posible que se tratase de un tendido eléctrico.

No pudo comprobar con certeza su suposición por escuchar

pasos cercanos.

Richard Hahn y otro hombre de análogas características físicas venían sin duda a su encuentro.

—Supusimos que estaría aquí, señor Harwell.

Dean Harwell sonrió absurdamente.

—Su esposa estaba enseñando el jardín.

El rostro de Richard Hahn no expresaba ya la cordialidad inicial demostrada en su recepción a los invitados y sus tres verrugas parecían haberse ensanchado sobre la piel arrugada.

—Berenice está ocupada ahora. Por eso venimos a buscarle.

Se produjo un silencio excesivamente tenso y anormal.

—¿Le gusta eso?

—Me agradecería tener una propiedad semejante.

Richard Hahn esbozó una sonrisa.

—Vale mucho dinero, señor Harwell.

—Lo supongo.

—¿Quiere un pitillo?

Dean Harwell aceptó el ofrecimiento y ofreció fuego a los dos hombres inclinándose ligeramente.

Mientras encendía su cigarro se dio cuenta de que ambos seres le observaban meticulosamente e incluso tuvo la impresión de que sus pupilas brillaban excesivamente.

Eran miradas inquietas y recelosas.

Richard Hahn se colgó materialmente del brazo de Dean Harwell mientras el otro sujeto se colocaba al otro lado.

—Dígame, señor Harwell —dijo el enano, echando a caminar hacia la casa—. ¿Tiene negocios en Newport?

—No.

—¿No?

Su voz era un poco chillona.

Dean Harwell se sintió a disgusto entre los dos hombrecillos y tuvo la impresión repentina de que iba a ser sometido a un duro y disimulado interrogatorio.

—Descanso unos días aquí solamente.

—Ya. ¿Y qué hace cuando no descansa?

—Pierdo el tiempo en diversiones. Es la mejor forma de pasar la vida, señor Hahn.

Richard Hahn se detuvo junto a la escalinata.

La música atronaba dentro del salón.

Y en una esquina del balcón, Lana Karpis charlaba animadamente con el joven de atuendo deportivo.

Un resquicio.

Una oportunidad.

Y Dean Harwell no la desaprovechó para conseguir desentenderse con limpieza del acoso de Richard Hahn y el otro enano.

—Perdóneme, señor Hahn. Temo que si me duermo en los laureles voy a perder mi pareja.

CAPÍTULO V

GREGG Complain era uno de esos tipos que sin ser atractivo físicamente llamaba poderosamente la atención.

Vestía con sobria elegancia y tenía unos modales reposados. Todo el magnetismo que brotaba de su figura tranquila y desenvuelta parecía fluir de sus manos blancas y alargadas.

Cuando Dean Harwell le encontró en el vestíbulo del «Narragansett Hotel» estaba sentado en un confortable sillón, leyendo el periódico local y fumando.

—Hola.

Gregg Complain apartó su mirada gris de las líneas y le miró de soslayo.

—¿Cómo estás, Dean?

Dean Harwell se sentó a su lado, usando el sofá de un tresillo rojo escarlata.

—Bien —replicó, usando el mismo tono lacónico de su tranquilo compañero.

—¿Quieres tomar algo?

—Un vermouth.

Gregg Complain hizo una seña al camarero más cercano y pidió la bebida.

El encuentro no parecía haberle sorprendido o preocupado y mantenía su clásica flema.

Incluso se entretuvo durante un par de minutos en terminar de leer el artículo del periódico.

—¿Qué hay de Burnet?

—Nada.

—¿Y Harry?

—Por allí.

Dean Harwell tenía un temperamento demasiado vivo en ocasiones para congeniar fácilmente con Gregg.

Ambos hombres se apreciaban dentro de su lógica camaradería, pero nunca habían conseguido que de sus contactos aislados y ocasionales naciese una franca amistad.

Eran caracteres antagónicos, distintos...

Gregg Complain estaba considerado dentro de la organización del Bureau como un hombre de capacitada inteligencia.

Un «sesudo» más que un hombre de acción.

Y sus ojos, profundos y observadores, quizá incluso un poco displicentes, confirmaban plenamente aquella apreciación.

Sería con el tiempo un hombre de despacho, un cerebro perspicaz e infalible cuando adquiriese la experiencia necesaria.

Otro Pablo Galli que escalaría las cimas más altas gracias a sus poderes deductivos, francamente sorprendentes, y su alta preparación en diversas materias.

Abogado, Licenciado en Filosofía y Letras, economista...

¿Cuántas carreras tendría Gregg Complain?

—No ha habido suerte, ¿eh?

—Saber lo que le ha ocurrido a Roger precisará de tiempo, Dean. Desgraciadamente no es trabajo de un día o de unas horas.

Dean Harwell bebió un poco de vermouth y chasqueó la lengua con desagrado. No le agradaba mucho aquella bebida, pero todavía era demasiado temprano.

—Me gustaría poder ayudarlos.

—¿Estuviste en Providence?

—Sí.

—¿Qué te dijo Galli?

—Puedes suponerlo.

Gregg Complain montó el labio inferior sobre el superior y dio la impresión de estar contrariado.

—Era una pregunta obvia.

—Roger...

—Era un buen amigo tuyo. Ya lo sé, Dean.

Gregg Complain daba muestras inequívocas de que no le agradaba que interfiriesen en las misiones que le eran encomendadas.

Apagó el cigarrillo y Dean Harwell tuvo que fijarse por fuerza en

sus manos.

Ni una sortija, dedos alargados y expresivos...

—Tengo una intuición, Gregg. Creo saber dónde le dispararon a Roger Burnet aquella noche.

—¿Una corazonada?

Su tono fue demasiado despectivo.

—A veces son de utilidad.

—No lo pongo en duda, pero en la mayoría de las ocasiones son un rotundo fracaso.

—¿Vas a escucharme?

—¿Por qué no?

Dean Harwell encendió un pitillo y miró a su compañero tratando de averiguar si sus palabras poco locuaces y desinteresadas eran fruto de su carácter flemático o por el contrario nacían de cierta despreocupación.

No pudo sacar una conclusión.

—Quiero saber que buscaba Roger aquí.

—Creí que deseabas exponerme ciertos hechos y no someterme a un interrogatorio, Dean.

—¿No puedes decírmelo?

—Hace tres meses aproximadamente un policía local creyó reconocer dentro de un automóvil a un hombre llamado Leslie Milton.

—¿Quién es?

—Se trata de un químico del laboratorio de la Universidad de Berkeley. Él y otro, compañero suyo, un tal Gregory Farwell, desaparecieron hace cuestión de casi dos años sin dejar rastro alguno.

—¡Berkeley! Roger pronunció esa palabra cuando...

—Ese detalle nos ha conducido a considerar que Roger se encontraba tras la buena pista de esos dos hombres cuando oíste esos disparos.

—¿Secuestro?

—Eso creemos. Leslie Milton es soltero, pero Gregory Farwell tiene familia en Los Ángeles. Esposa y dos hijos. Y era un hombre consciente de su responsabilidad. En buena lógica no existe motivo alguno para que desapareciese sin dejar rastro por su propia elección.

—Dos años es ya mucho tiempo.

—No tuvimos la menor pista hasta que Roger se puso a escarbar en la declaración del policía.

—¿No han vuelto a ver a Milton?

—No.

—¿Cómo pudo reconocerle ese policía?

Gregg Complain se encogió de hombros.

—Sus fotografías se publicaron en la prensa durante algún tiempo. Tal vez se trate de un tipo con buena retentiva fisonómica. De una u otra forma tampoco creo que eso tenga ya mucho interés. Las palabras de Roger y su desaparición prueban indirectamente que el policía no estaba equivocado.

—¡Dos químicos!

—Extraño, ¿verdad?

—Y dentro del propio país. No lo entiendo.

—No intentes hacerlo.

—Si efectivamente se trata de un secuestro debemos interpretar que existe una causa, un motivo...

Gregg Complain le miró con una sonrisa escéptica.

—¿Sigue valiendo tu corazonada, Dean?

Dean Harwell aplastó el cigarrillo a medio consumir y se mantuvo pensativo durante un rato.

—Tal vez —dijo, frunciendo el ceño.

—Ya no estás tan seguro, ¿eh?

—Roger dijo algo más. Tres letras: Hache. —Ge—. Hache. ¿Sabes también qué significado tienen?

Gregg Complain siguió sonriendo.

—Cuando me encomiendan un trabajo procuro siempre asesorarme adecuadamente, Dean. A veces el detalle más insignificante puede tener una gran importancia.

—¿De qué se trata?

—Esas tres letras son la denominación científica aplicada a una hormona que regula el crecimiento del hombre y puede tener otras propiedades interesantes. [2]

—¿Una hormona que regula...?

Dean Harwell tuyo que abrir la boca para demostrar su perplejidad en todo su alcance.

—¿No has oído hablar nunca de la hipófisis?

—Estudié nociones de anatomía, Gregg —replicó con rapidez Dean Harwell, algo molesto.

—¿Qué te ocurre?

—Nada.

—Juraría que estás nervioso...

Dean Harwell guardó silencio mientras intentaba poner en orden sus confusas ideas.

Dos químicos desaparecidos en circunstancias anormales.

Una hormona que regula el crecimiento humano.

¡Y los enanos de Ridge Road!

Su absoluta carencia de conocimientos científicos le impedía encontrar una relación más íntima entre todos aquellos factores en lo que ya parecía existir una concatenación.

—Pero es absurdo. Absurdo totalmente.

Gregg Complain le miró con interés.

—¿Qué te resulta absurdo? ¿Tu corazonada, acaso?

—Esa hormona...

—En principio se pensó en la posibilidad de que la HGH tuviese alguna vinculación directa con el cáncer. Esa hormona regula el crecimiento humano y el cáncer es en realidad un crecimiento desproporcionado de las células corporales.

Dean Harwell se mojó los labios con la punta de la lengua.

—¿Tiene algunas otras aplicaciones ya demostradas?

—Por supuesto.

—Por ejemplo dotar de mayor estatura a un ser humano ¿no?

Gregg Complain dio la impresión de mostrarse complacido por la lógica deductiva de su compañero.

—Así es. Se han hecho muchas pruebas y con resultados totalmente satisfactorios. En dieciocho meses un muchacho de catorce años creció veinte centímetros. Sorprendente pero real, Dean. [3]

Dean Harwell respiró hondo y se hundió en el confortable sofá rojo escarlata.

Su intuición parecía empezar a sostenerse sobre pilares mucho más sólidos.

Y sin embargo le costaba un esfuerzo indecible considerar en todo su valor aquellos descubrimientos insospechados que daban la impresión de relacionar a Richard Hahn con la muerte violenta de

Roger Burnet.

Resultaba tan irrisorio, tan infantil...

¿Qué podía estar intentando un hombre para llegar al secuestro de dos químicos e incluso probablemente asesinar a un agente del Gobierno?

Dean Harwell se pasó la mano por la frente y miró a Gregg Complain con expresión dubitativa y confusa.

—No acierto a explicármelo. Es ridículo...

—Creo que lo mejor que puedes hacer es descansar, Dean.

—¿Por qué crees que secuestraron a esos dos hombres?

Gregg Complain enarcó ambas cejas.

—Si lo supiese estaríamos en el buen camino de inmediato, Dean. Sería una pista segura.

—¿Por un tratamiento hormonal de la HGH?

—No.

La negativa de Gregg Complain fue tajante.

Tan rotunda que Dean Harwell se dio cuenta que el castillo de naipes que había levantado con su imaginación se derrumbaba inevitablemente.

—¿Por qué no?

—Las pruebas que se han realizado para inyectar a seres humanos y provocar su crecimiento han sido muy limitadas. La HGH no puede obtenerse por medios sintéticos, ni de animales, Dean.

—¿Quieres decir que son precisos seres humanos?

—Cadáveres. Ésa es la palabra correcta. La insulina, por ejemplo, puede conseguirse de los animales e inyectársela a los diabéticos, pero no sucede igual con la HGH. Al menos hasta el momento.

¡Cadáveres!

¡Cuerpos humanos!

Dean Harwell sufrió un estremecimiento que le puso la piel de gallina y le obligó a palidecer repentinamente.

Apuró de un trago el resto del vermouth y luego encendió un cigarro con mano temblorosa.

—¿No crees que precisamente ese factor puede fundamentar la muerte de Roger?

Gregg Complain negó todavía con mayor seguridad, moviendo la

cabeza de un lado para otro con energía.

—Se necesitarían muchos cadáveres, Dean. ¡Cientos de cuerpos humanos! Un químico, en el trabajo de casi una semana, puede aislar de una hipófisis un miligramo de esa hormona. Y cada supuesto paciente precisa por término medio de dos miligramos y medio en cada inyección si quiere mantener un tratamiento normal que sea efectivo.

Dean Harwell se mantuvo pensativo durante un rato.

Los argumentos de Gregg Complain eran irrefutables, pero se resistía interiormente a dar por perdida la única pista que la casualidad y Lana Karpis habían puesto a su alcance.

Richard Hahn era un hombre que por su situación económica privilegiada y precisamente también por su físico reunía dos razones sustanciales para no desestimar hipótesis alguna que le relacionase con aquel caso extraño y hasta demencial.

Y luego, por si aquellos dos factores no fuesen suficientes, estaba su extraña y precavida actitud de la noche anterior, la mansión solitaria...

Demasiados puntos de coincidencia para poder olvidar.

—¡Dean!

—¿Sí?

—¿Puede saberse que estás maquinando?

Dean Harwell esbozó una sonrisa estereotipada.

—Gracias por tu detallada información, Gregg. Estoy seguro que un profesional en la materia no me hubiese reportado tantos detalles interesantes.

Gregg Complain no pareció muy complacido por las palabras de su compañero.

—Quiero saber qué estás tramando —dijo, con sequedad.

—Mi corazonada es absurda, Gregg. Olvídala.

—No creo que sea necesario recordarte que estás fuera de servicio.

—No interferiré, si eso te preocupa. Y si pudiese ayudaros a ti y a Harry, me pondría inmediatamente en contacto con vosotros. Quédate tranquilo.

Dean Harwell apagó el cigarrillo, que se había consumido casi totalmente entre sus dedos, y se incorporó del sofá.

—¿Puedo saber qué piensas hacer?

—Descansar Gregg. Descansar y divertirme, si consigo olvidar que Roger Burnet ha sido baleado.

Gregg Complain echó mano al periódico que había abandonado encima de la mesa y miró a Dean de soslayo con expresión de incertidumbre y poca confianza.

—Mi habitación tiene el número ochenta y siete.

Dean Harwell volvió a sonreír sin ganas y consultó su cronómetro.

Las doce de la mañana.

Tenía sólo media hora para llegar a Ruggles Avenue y recoger a Berenice Hahn para pasar un día agradable en las solitarias playas de Goat Island.

CAPÍTULO VI

EL apartamento enclavado en Ruggles Avenue, octavo piso de un gran edificio recientemente construido, era una verdadera delicia arquitectónica.

Las habitaciones eran amplias, con grandes ventanales, suelos de *parquet* y techos de escayola. Los muebles funcionales y modernos compaginaban perfectamente y en el ambiente no se advertía signo alguno de ostentosis que descubriese el poderío económico de sus dueños.

Todo era ligero, superficial y cómodo.

A través de las amplias ventanas se veían las estrellas en grandes racimos blancos brillando sobre las aguas negras y tranquilas de Narragansett Bay.

Sentado en un sillón, de perfecto trazado anatómico para el descanso, Dean Harwell fumaba con agrado un pitillo mientras escuchaba el ruido producido por la ducha en el cuarto de baño cayendo sobre el cuerpo de Berenice Hahn.

Todavía sentía sobre su cuerpo el calor abrasador del sol y la pegajosidad del mar.

Era un cansancio agradable y hasta confortable.

—Puedes servirte algo de beber si quieres, Dean.

La voz sonaba al otro lado de la puerta mezclada con el rumor del agua.

Berenice Hahn salió algunos minutos después envuelta en una toalla azul de baño.

Dean Harwell la miró con detenimiento y sonrió, al darse cuenta de que la mujer no experimentaba pudor alguno al enseñar sus piernas y su escote generosamente.

—Esperaré a que te vistas.

Berenice Hahn se sentó junto al hombre, sujetando la toalla con una mano.

—¿Te quedarás conmigo esta noche?

—¿Y tu marido?

—Salió esta mañana de viaje. No regresará en dos o tres días.

—¿Seguro?

—Seguro, cariño —confirmó la mujer, ardorosamente.

Dean Harwell enarcó ambas cejas y se quede pensativo.

—¿Te preocupa algo?

—Tu.

La mujer rió entre dientes.

—¿Por qué?

—Eres demasiado hermosa.

—¿Es eso un pecado?

—Supongo que no.

Berenice Hahn se levantó del sillón y caminó hacia las habitaciones.

—Tardaré sólo unos minutos.

Dean Harwell asintió con la cabeza y miró en derredor suyo con detenimiento.

Era probable, muy probable, que Berenice dispusiese de llaves que le permitiesen libremente la entrada de la casa de Ridge Road.

Y tenía que conseguirlas, aunque para ello tuviese que demostrar un interés que no sentía y que forzosamente le hacía recordar de vez en cuando la feminidad de Lana Karpis.

Apagó el cigarrillo en un cenicero de plata y se sirvió un «*whisky*» con dos trozos de hielo.

Con el vaso en la mano, contempló desde la ventana las luces de la ciudad y el silencio fantástico de la noche.

Una noche caliente.

Berenice Hahn salió al rato, vistiendo simplemente sobre su ropa interior una bata de seda transparente y perfumada.

—He pensado en que cenemos aquí. Estaremos mucho mejor que en cualquier restaurante atiborrado de público.

—¿Sabes cocinar?

—Hoy no es necesario tener grandes cualidades culinarias para lucirse con un invitado. Existen toda clase de conservas preparadas que no necesitan otra cosa que calentarlas, querido.

Dean Harwell decidió ir poniendo sobre el tapete las cartas de su juego.

—¿Sabes dónde me gustaría estar contigo?

—¿Dónde?

—En la casa que tienes en Ridge Road.

—¿En Ridge Road?

—Es un lugar romántico.

Berenice Hahn le miró con suspicacia.

—No estás hablando en serio.

—Te conocí allí, Berenice.

—Por favor, Dean. No somos dos jovencitos para estar perdiendo el tiempo en pasear por jardines oscuros y llenos de cipreses. Yo prefiero la intimidad de un apartamento como éste, con su habitación...

—Todo tiene su encanto, ¿no crees?

—Si te complace iremos algún día.

—¿Tienes llave para entrar?

Dean Harwell hizo la pregunta mientras se llevaba el vaso a los labios para disimular la tensión nerviosa que obstaculizaba su normal desenvolvimiento.

—Por supuesto. Debe andar por alguno de esos cajones.

—Me encanta esa casa.

Berenice Hahn no pareció dar importancia al interés experimentado por el hombre.

Sin duda en sus pensamientos había algo más trascendente.

—No me has dicho si piensas quedarte conmigo.

—Hasta medianoche, Berenice.

—¿Sólo?

—Tenemos todavía casi tres horas para estar juntos.

—Es muy poco tiempo. ¿Qué piensas hacer después?

—Ir a dormir a mi apartamento.

—¿De verdad?

—Quisiera que confiases en mí, Berenice. No te engaño.

—Es difícil poder creerte sabiendo que Lana Karpis está entre nosotros dos.

Dean Harwell abrazó a la mujer y la besó en los labios con intensidad como si desease disipar sus recelos.

Tenía tres horas para dominar el temperamento ardiente de

Berenice Hahn y poder localizar las llaves que le permitiesen entrar en la casa de Ridge Road.

—Narragansett Hotel, ¿dígame?

—Póngame con la habitación ochenta y siete, por favor.

—Sí, señor.

Dean Harwell se apoyó en el mostrador y esperó pacientemente que de nuevo se escuchase otra voz al otro lado del hilo telefónico.

—Hable.

—¿Gregg?

—¿Quién es?

—Soy Dean Harwell. Lamento molestarte a estas horas.

Dean escuchó el resoplido de su compañero por el auricular.

—¿Qué te pasa?

—Voy a poner en práctica mi «corazonada» esta misma noche y quizá precise de vuestra ayuda.

—¿De qué estás hablando?

—Escúchame con atención, Gregg.

—Está bien. ¿Qué tripa se te ha roto?

Dean Harwell movió en la palma de su mano izquierda las dos llaves que había conseguido en el apartamento de Berenice Hahn.

—Son las doce y media de la noche. Si dentro de hora y media no te he llamado por teléfono quiero que te pongas inmediatamente en contacto con una muchacha llamada Lana Karpis.

Otro resoplido.

—No té entiendo una palabra, Dean. Y no me gusta lo que estás haciendo. Preferiría que te abstuvieses de intervenir en este asunto.

—Ya no puedo hacerlo.

—Si Galli se entera tendrás un serio disgusto.

—Galli no tiene por qué enterarse.

—Mi obligación es decírselo, Dean.

—Tu obligación moral es ayudarme y estar únicamente pendiente del teléfono.

—Ven a verme inmediatamente.

—No.

Dean Harwell negó con tozudez.

—Estás cometiendo un error.

—Tal vez, pero no quiero resbalar y romperme las narices delante de vosotros si me equivoco.

—¿De qué se trata?

—No insistas, Gregg. No pienso decírtelo hasta que lo haya podido comprobar por mis propios ojos.

Gregg Complain dijo algo ininteligible y luego pareció resignarse ante la resistencia de su compañero.

—¿Dónde vive esa muchacha?

—Eso está mucho mejor.

—¡Las señas!

—Cuarenta y cinco, de Eustis Avenue. Se trata de un bloque de apartamentos. El piso sexto, letra C.

—¿Qué más?

—Hora y media, Gregg. ¡Recuérdalo! Si no te he llamado antes de las dos, ve a buscar a Lana y pídele que os lleve rápidamente a la casa de Ridge Road en donde estuvimos juntos la noche pasada.

—¿Qué piensas encontrar allí?

—A Roger Burnet. Y probablemente también Leslie Milton y Gregory Farwells.

Gregg Complain volvió a comentar algo en voz baja con tono sensiblemente malhumorado.

—Tomar precauciones si es necesaria vuestra presencia, ¿entendido?

—O.K.

—Hasta pronto, Gregg.

Dean Harwell colgó el teléfono, recuperó las fichas que no habían sido utilizadas y depositó una moneda en el mostrador para pagar el café que ni siquiera había probado.

Un jovenzuelo pálido y ojoso jugaba en una máquina tragaperras y bebía pequeños sorbos de agua tónica mezclada con ginebra.

Al otro lado del mostrador una señorita joven y enclenque bostezaba escuchando un disco de moda.

Sólo dos personas que ni siquiera le habían prestado atención.

Guardó las llaves en el bolsillo derecho de su americana y salió de la estrecha cafetería.

El negro cronómetro de pulsera señalaba casi la una menos cuarto cuando el automóvil que conducía Dean Harwell avanzaba a prudente velocidad por Harrison Avenue.

Brenton Cove estaba intensamente iluminado y en la distancia,

parpadeantes, se veían algunos destellos abigarrados que anunciaban la ubicación de Goat Island, en el margen derecho de la bahía.

Dean Harwell cambió el alumbrado intensivo por el de cruce al llegar a la bifurcación de Ridge Road e hizo la maniobra respetando el disco que anunciaba un «*stop*».

A medida que se aproximaba a la mansión de Richard Hahn notaba que su tranquilidad de ánimo se esfumaba a pesar de que luchaba sordamente por mantenerse sereno.

Era un desequilibrio extraño, anormal...

Un presentimiento absurdo y pueril.

Como si se tratase de una pesadilla en la que reinaba el caos y todo se transformaba vertiginosamente bajo el influjo del subconsciente.

A un lado de la carretera sonaba el bramido ronco del mar, haciéndose pedazos en los rompientes de dura roca.

Dean Harwell detuvo el coche prudencialmente a unas doscientas yardas de la casa y aparcó el vehículo cerca de un pretil blanco señalizado con luces fluorescentes.

Luego caminó con zancadas largas, pero muy reposadas y lentas, respirando el aire impregnado de brisa marina.

Las estrellas eran muy blancas.

Un par de minutos después estaba a la altura de la sólida verja que rodeaba el jardín y la casa propiedad de Richard Hahn.

Las altas copas de los cipreses se mecían suavemente en su parte más afilada y el edificio estaba totalmente sumido en la oscuridad.

Nada.

Sólo el ronco lamento del mar.

Dean Harwell extrajo las llaves de su bolsillo y tanteó con cuidado la cerradura recordando la posibilidad de que toda aquella valla metálica pudiese estar electrificada.

Abrió con facilidad la doble puerta enrejada y penetró en el jardín, extremando sus precauciones y dejando la puerta abierta para permitir el paso de un hombre.

De aquella forma, en caso de una hipotética y precipitada huida, podría salir a la carretera sin dificultades.

Dean Harwell guardó las llaves nuevamente y avanzó por el estrecho camino empedrado en dirección al edificio.

Sus pasos eran precavidos y sus cinco sentidos estaban alerta.

Se humedeció los labios y continuó su avance hasta encontrarse frente a la puerta de la casa.

A tientas, palpando la madera y los relieves cromados de algunos adornos, localizó la cerradura e hizo uso de la otra llave sin encontrar entorpecimientos.

Ya dentro del edificio la oscuridad era tan absoluta que tuvo forzosamente que recurrir a una pequeña linterna para alumbrarse.

Estaba en un amplio *hall*, comunicado directamente con las habitaciones superiores por una escalera de mármol negro.

Y pudo incluso recordar algunos objetos que había visto la noche anterior acompañado de Lana Karpís, aunque su atención estuviese dominada totalmente por el propósito de localizar la entrada que le permitiese introducirse en la planta sótano.

Tuvo que seguir adelante.

Y tropezó con una nueva puerta, herméticamente cerrada, que por su situación y especiales características —probablemente una plancha de acero de varias pulgadas de grosor— mostraba serios indicios de ser insalvable.

Allí, tras aquel obstáculo, estaba posiblemente el secreto que había costado la vida a un agente especial del Gobierno.

Dean Harwell estudió con detenimiento la puerta y comprendió que sin llave iba a resultar un intento inútil tratar de abrirla, intuyendo además que Berenice Hahn estaba completamente al margen de los extraños manejos de su esposo.

De lo contrario en su poder estaría una tercera y decisiva llave.

Apagó la linterna y se quedó a oscuras en un estrecho y descuidado pasillo.

Era probable que Richard Hahn tuviese dentro del edificio algún hombre de su absoluta confianza.

Sólo era necesario encontrarle y conseguir, incluso con amenazas si era preciso, que franquease el camino hacia el sótano.

Dean Harwell encendió la linterna para orientarse y puso manos a la obra inmediatamente recorriendo pausadamente aquel pasillo.

Y tuvo suerte.

Apenas unos, minutos después, torciendo por otro pasillo lateral, descubrió el resplandor de una luz escapándose bajo la rendija de una puerta.

Allí estaba alguien.

Alguien que probablemente estaría confiado.

Dean Harwell sacó su «38» de la funda que llevaba bajo la sobaquera y guardó la linterna en el bolsillo.

Aquella parte de la casa olía a polvo y suciedad acumulada.

Todo lo que había podido distinguir merced a la linterna mostraba un descuido total.

Las paredes descascarilladas, telas de araña en los rincones, muebles viejos y empolvados...

Se detuvo junto a la puerta y trató de escuchar algún ruido interior sin éxito.

Apretando con fuerza la culata de su pistola hizo girar el pomo con la mano izquierda y consiguió franquear el umbral sin dificultades.

Dándole la espalda, sentado en una vieja mecedora de mimbre que amenazaba con hacerse pedazos bajo el peso del ocupante, Dean Harwell pudo descubrir inmediatamente la figura corpulenta de un hombre, de hombros cuadrados y cabeza en avanzado estado de calvicie.

Estaba leyendo un libro y fumando un cigarro que se consumía sobre un cenicero.

—¿Qué hace usted aquí?

—Tranquilícese, amigo.

—¿Cómo ha entrado en la casa?

Dean Harwell sonrió y mostró sus dos llaves, cogiéndolas con los dedos índice y pulgar por el llavero.

—Con esto.

Al hablar hizo oscilar el revólver, pero el individuo no pareció dar muestras de asustarse al ver el arma.

—Le aconsejo que esté callado y me ayude.

—¿Usted estuvo...?

—Buena memoria.

—¿Qué quiere?

—¿Está seguro que hace falta decírselo?

—No le entiendo.

Dean Harwell recordó que su interlocutor estuvo a punto de sorprenderle besando a Berenice en el jardín.

—Quiero que me acompañe al sótano.

—Usted no tiene derecho a entrar...

—Soy agente federal del Gobierno, amigo. Y por tanto está perdiendo lastimosamente el tiempo tratando de explicarme cuáles son mis derechos y cuáles no. Los conozco todos perfectamente.

El hombre había dejado el libro sobre una mesa circular y no daba la impresión de estar muy asustado por la inesperada presencia de un hombre armado en la casa que se identificaba como un agente del F.B.I.

Su propia serenidad de ánimo hizo que Dean Harwell empezase a temer que se estaba «rompiendo las narices» y cometiendo un grave error.

Pero ya era demasiado tarde para volverse atrás.

—Acompáñeme y abra esa puerta del pasillo. Quiero husmear un poco ahí abajo.

—Tenemos prohibida la entrada...

—Usted y yo no. ¡Muévase!

El hombre se humedeció los labios con la punta de la lengua y todavía dudó durante algunos segundos.

El arma volvió a moverse.

—No puede hacerme nada si me niego.

—¿No?

—No dispararé.

—De eso puede estar seguro si no me obliga a ello, pero le romperé la cabeza de un culatazo si no me obedece.

La pobre resistencia pareció desvanecerse bajo el influjo de la amenaza.

Dean Harwell abrió la puerta con el pie y se echó a un lado para permitir el paso del hombre.

—De la luz del pasillo al salir.

Caminaron uno tras otro.

Todo estaba sucediendo conforme a sus deseos.

Con demasiada facilidad incluso.

El criado se detuvo junto a la puerta y maniobró durante unos segundos en la cerradura antes de conseguir que la enorme plancha de acero cediese sobre sus goznes.

—Vaya delante.

Dean Harwell le empujó con el cañón del arma y descendió por una escalinata.

Una luz tenue, de color anaranjado, le permitió descubrir los primeros objetos mientras bajaba tras los pasos de su acompañante.

Paneles de separación con grandes cristaleras, el suelo enlosado y las paredes alicatadas hasta el techo con azulejos de un blanco azulado que hacía daño a la vista.

Una vez en el sótano, una nave diáfana en su mayor parte, Dean Harwell obligó al criado a ponerse frente a la pared con las manos apoyadas en los azulejos y pies separados unas dos yardas del zócalo.

En aquella forzada postura, totalmente oblicua, era absolutamente imposible moverse sin caer al suelo.

Dean Harwell se cercioró de que el hombre no portaba armas en sus ropas y entonces echó un vistazo mucho más detenido a la planta, captando inmediatamente un olor peculiar que había tenido ocasiones de percibir anteriormente en los laboratorios químicos del Bureau.

Pensó en Gregg Complain con una sonrisa indisimulada de satisfacción y se entretuvo en echar un vistazo.

A lo largo de la pared estaban adosados complejos mecanismos y en el centro una enorme mesa alargada soportaba ingredientes y objetos propios de una seria investigación científica.

Retortas de formas extrañas, tubos de ensayo...

Al final de la planta había una hilera de grises y enormes archivadores.

Archivadores cuya documentación bien podían ser los huesos de un cadáver si se tenía en cuenta sus enormes proporciones y se recordaban análogos muebles existentes en la mayoría de los depósitos de cadáveres.

Dean Harwell sufrió un estremecimiento involuntario.

Bajo el influjo de la luz anaranjada todo era fantasmal.

Un hombre joven y pálido, envuelto en una bata blanca y con aspecto distraído, acababa de abrir una puerta, deteniéndose en el umbral al descubrir a presencia de los dos hombres.

No dijo nada, limitándose a contemplar con seriedad el arma que empuñaba Dean Harwell y la forzada postura del individuo apoyado en la pared con ambas manos.

Tal vez su propia perplejidad le impedía pronunciar palabra.

—¿Quién es usted? —preguntó al fin, sin moverse.

Dean Harwell se acercó unos pasos, echando de paso un previsor vistazo a tres o cuatro puertas más alineadas a lo largo del sótano.

—¿Leslie Milton?

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Le estamos buscando desde hace mucho tiempo. A usted y también a su compañero Gregory Farwell.

Ni un gesto.

Ni asombro ni alegría.

El rostro de Leslie Milton era hermético y sorprendentemente inexpresivo incluso en aquella ocasión.

Se trataba de un hombre joven todavía, unos treinta años más o menos, de complexión fibrosa y muy delgado.

Sus ojos eran grises y miraban con excesiva fijeza.

—Mi nombre es Dean Harwell, señor Milton. Y mi intención sacarle inmediatamente de esta casa.

—¿Agente del Gobierno?

—Exacto.

Leslie Milton no movió un músculo de su cara.

CAPÍTULO VII

LOS dos cadáveres tenían en sus cuerpos indicios concluyentes de los primeros síntomas de descomposición.

La piel amarilla.

Los músculos faciales rígidos.

Y un hedor suave y repugnante brotando de sus vísceras humanas corrompiéndose minuto a minuto.

Leslie Milton cerró los dos enormes archivadores grises y miró a Dean Harwell sin expresión, como si estuviese realizando un trabajo mecánico sin importancia.

—¿Dónde consiguen...?

—¿Los cadáveres?

Dean Harwell tuvo que tragar saliva al darse cuenta que el químico sonreía maliciosamente.

—En nuestra nación mueren los hombres a cada segundo, señor Harwell. Accidentes de tráfico, enfermedades... Hay un verdadero arsenal de personas no identificadas que tienen que pudrirse forzosamente en una tumba y que no causan problemas de orden burocrático a la hora de extirparles una glándula cerebral. Sólo es cuestión de trabajar con rapidez y devolver el cuerpo a su lugar de origen con la mayor rapidez posible cuando es necesario. Y le advierto que no suele serlo frecuentemente.

—Pero...

Dean Harwell no salía de su asombro.

Leslie Milton obraba con sencillez y sin superficialidad, mostrándole detalle por detalle el sorprendente mundo que se encerraba en el sótano de la propiedad de Richard Hahn.

—¿Y su compañero?

—Veremos pronto a Farwell. No se preocupe. ¿Quiere seguir

viendo todo esto?

Dean Harwell carraspeó y miró con detenimiento al hombre.

Leslie Milton daba la impresión de no estar en perfectas condiciones de salud.

Había desequilibrio en su mirada, a veces fría e inexpresiva, en ocasiones ardiente y vivaz.

Y sobre todo daba muestras elocuentes de que su capacidad cerebral reunía el absurdo con la lógica originando un caos de contradictorios detalles que por fuerza tenían que causar perplejidad a cualquier persona que dialogase con él.

La palidez de su rostro era un detalle suficientemente expresivo para poder aventurar sin riesgo a equivocarse que su epidermis no había recibido últimamente la luz del sol.

Era probable que llevase encerrado en aquel sórdido recinto casi dos años.

Desde que había desaparecido, junto con Gregory Farwell, de la Universidad de Berkeley.

—Estará usted preguntándose probablemente qué clase de trabajo realizamos aquí, ¿no?

—Tengo alguna idea.

Leslie Milton abrió una de las puertas enclavadas en los paneles de separación y condujo al agente especial dentro de un cuarto de reducidas dimensiones.

Una lámpara enorme proyectaba un chorro de luz vivísima en forma de cono, cayendo de plano sobre una mesa metálica en cuya superficie de un color gris brillante se aglomeraban botellas vacías, jeringuillas y otros objetos menudos.

No había más muebles salvo tres o cuatro estanterías también metálicas y adosadas a la pared del fondo.

El químico alcanzó una botella y mostró al trasluz el contenido de su interior.

Se trataba de una pequeña cantidad de un polvo níveo y de aspecto ligero.

—¿Sabe que es esto?

—No.

—Un descubrimiento sorprendente, señor Harwell. Un éxito de la Ciencia. Algo capaz de modificar la Creación.

Dean Harwell notó que la saliva le pesaba dentro de la boca al

haberse convertido en un líquido pastoso y agri dulce.

—Se trata de la HGH. ¿Ha oído hablar de ella?

—Sé qué significado tiene.

A Leslie Milton le brillaba la mirada.

—Sorprendente, ¿verdad? Una sustancia capaz de convertir a un enano en un gigante. Si alguna vez conseguimos obtener su producción sintética habremos realizado un descubrimiento revolucionario y sin precedentes.

Dean Harwell miró el contenido de la botella con repugnancia, sin poder apartar de su cerebro la macabra idea de que aquel polvo blancuzco había nacido de varios cadáveres humanos.

—No debemos perder más tiempo, señor Milton. Conviene que salgamos de esta casa rápidamente.

—No tenga miedo. El único hombre que entra y sale en esta planta está a buen recaudo —dijo, riéndose al sirviente de Richard Hahn, a quien había previamente encerrado en un cuarto trastero —. Nadie va a molestarnos.

—¿Dónde está Farwell?

—Todavía tiene usted algo muy importante que ver, señor Harwell. Y creo que merece la pena perder unos minutos. Venga conmigo.

Dean Harwell tuvo un escalofrío.

Había algo que no le gustaba en aquel hombre.

¿Locura?

Salieron del estrecho recinto y Leslie Milton le condujo hacia el final de la planta.

—Eche un vistazo.

Dean Harwell se acercó con cautela a una cristalera transparente.

Dentro de un cuarto más amplio que el anterior había dos camastros.

Y una luz difusa, de un matiz rojizo y tétrico.

—¿Qué es eso?

Leslie Milton se aproximó también.

—Dos hombres. Mejor dicho, dos muchachos. Fíjese bien en ellos. Son la cara y la cruz de la moneda de todo experimento científico. Les advertí que en uno de los casos era una locura someterlo a un tratamiento, pero no se me hizo caso.

Dean Harwell avanzó unos pasos hasta pegarse materialmente al cristal.

Los dos seres estaban echados sobre los camastros.

Ambos jóvenes, de unas edades que oscilaban entre los quince y veinte años.

El más joven no presentaba anormalidades visibles.

Era un muchacho normal, de figura esterilizada y estatura media. El otro, más bajo y recio, colocado de lado, mostraba claros indicios físicos de su carácter de enano hipofisario.

Y sobre todo causaba horror.

Horror su rostro deformado, lleno de grandes rugosidades semejantes a tumores y con la pie descalcificada.

Era un monstruo.

Un ser horrible y demoniaco.

—La línea epifisiaria de los huesos estaba cerrada y era inútil intentarlo ya. Le advertí que habría complicaciones.

Dean Harwell tuvo la impresión de que se mareaba y sólo con un gran esfuerzo de voluntad consiguió mantener su serenidad.

Aquel ser jadeaba y casi se podía escuchar si respiración alterada a través del frío cristal que les separaba.

Un jadeo frío y reptante, casi inhumano.

—¿Quiénes son?

Leslie Milton dio la impresión de no haber escuchado la pregunta del Agente.

—La HGH tiene efectos realmente sorprendentes en este tipo de tratamientos —dijo el químico, con aire ausente—. Se puede crecer varios centímetros en pocos meses, pero es necesario e imprescindible que no haya cerrado la línea epifisiaria de los huesos. En ese muchacho se había ya establecido definitivamente su anatomía ósea y todo el efecto de las hormonas se han reflejado generalmente en la piel. De ahí que hayan nacido esos tumores...

Dean Harwell echó otro rápido vistazo sobre los dos muchachos y luego se puso a la altura de Leslie Milton, que regresaba con andares reposados hacia el núcleo principal del sótano.

El químico se detuvo junto a otra enorme cristalera y miró hacia el interior con una ancha sonrisa.

—Gregory Farwell —apuntó, con voz apagada.

Un hombre de edad ya avanzada, unos cincuenta años

aproximadamente, descansaba a su vez sobre otro camastro de parecidas características a los anteriores.

Al estar arropado, Dean Harwell sólo pudo ver difusamente una cabeza proporcionada y de cabello cano.

Y también un rostro envejecido y gris, surcado de arrugas y que expresaba a pesar de estar aletargado por el sueño un hondo sufrimiento físico y moral, reflejado claramente en un rictus amargo y descompuesto dibujado en su boca entreabierta y sus pómulos afilados y sin color.

Dean Harwell hizo intención de abrir la puerta para entrar en el cuarto, pero Leslie Milton le detuvo cogiéndole del brazo.

—No le despierte.

—¿Y eso?

—Es un hombre muy torturado. Solamente descansa a gusto cuando consigue conciliar el sueño.

—No le entiendo, señor Milton. Da usted la impresión de no darse cuenta que mi propósito es sacarles a ustedes dos inmediatamente de este sótano.

—Se cuáles son sus intenciones, señor Harwell. Idénticas que las que tuvo hace poco tiempo otro compañero suyo llamado Roger Burnet.

—¿Conoció a Roger?

—Sí.

—¿Que fue de él?

Leslie Milton se encogió de hombros con despreocupación.

—No lo sé. Consiguió entrar aquí, como usted, pero le detuvieron. Según Kirk —manifestó el químico, señalando con la cabeza el lugar en donde habían encerrado al hombre que Dean Harwell había sorprendido en la casa— le pegaron varios tiros y le echaron a la bahía. Fue una lástima no aprovechar su hipófisis.

Dean Harwell abrió la boca desmesuradamente mientras entornaba los ojos en el límite máximo de su estupor.

—¿Que está diciendo?

—No se crea que los cadáveres humanos llueven del cielo, señor Harwell. Por cada hombre que se consigue traer hay que desembolsar a veces buenos montones de dólares. Y tener una vasta organización en varios estados para aprovechar todas las oportunidades que surgen y que afortunadamente son muchas

durante el día.

—¡Usted está loco!

Leslie Milton se echó a reír.

Y se separó un par de yardas del agente con rapidez.

—Tal vez tenga usted razón, pero lo que sí le aseguro es que estoy armado y no tengo miedo a disparar.

Dean Harwell apretó los dientes y descubrió en la mano del químico una pistola automática.

—Pero...

—¿Tiene usted interés en saber algo más?

—No le entiendo.

—No trate de hacerlo, aunque pudiese resultarle fácil. Estoy aquí por mi propia voluntad, señor Harwell. Y debió adivinarlo hace ya un buen rato.

—Usted...

—Me ha decepcionado grandemente poder comprobar otra vez que el Gobierno no seleccioné adecuadamente su gente, señor Harwell. Ahora camine delante de mí y saque a ese hombre de cuarto.

—¡Se ha estado burlando de mí!

—Algo parecido.

Dean Harwell estuvo a punto de sufrir un acceso de cólera y olvidarse de la pistola que le apuntaba amenazadoramente.

Sólo a base de un gran esfuerzo de voluntad y entereza pudo dominar su furia.

Y darse cuenta seguidamente de que estaba irremediablemente perdido.

Perdido para siempre y con muchas posibilidades, por no decir todas, de ir a parar con sus huesos a las profundidades de la bahía como Roger Burnet si antes no le ocurría a Leslie Milton la genial idea de colocarle después de muerto sobre aquella mesa...

Con la amenaza del arma latente en su espalda tuvo que obedecer a regañadientes y poner en libertad al individuo que había encerrado.

—¿Asustado Kirk?

El hombre miró al químico con visible malhumor.

—No vuelva a comportarse así Milton.

—A veces viene bien distraerse un poco, ¿no?

—No lo repita por si acaso —dijo el individuo, desarmando a Dean para evitar cualquier contratiempo.

Leslie Milton sonrió sin expresar temor alguno y empezó a desabotonarse la bata blanca.

—Le deseo suerte, señor Harwell.

Dean Harwell le miró de soslayo y en silencio.

Su mente estaba trabajando con toda rapidez tratando de hallar un resquicio o una oportunidad que le permitiese salir de allí con vida.

O por lo menos tratar de dar tiempo al tiempo para que Gregg Complain y Harry Bochner pudiesen entrevistarse con Lana Karpis y acudir en su cusca.

Su negro cronómetro señalaba la una y veinte.

Demasiado pronto todavía.

—Ponga las manos sobre la cabeza y suba por esas escaleras detrás de mí y sin prisas —ordenó Kirk Pollak—. Y voy a advertirle algo. No trate de hacer una idiotez como su compañero. Si intenta cualquier tontería le meto siete balas en el cuerpo en un santiamén, ¿entendido?

Dean Harwell asintió con la cabeza y echó a andar hacia las escaleras.

Al salir del sótano, tras haber abierto Kirk Pollak, la puerta, descubrió a otros dos hombres apostados en el pasillo.

—Cayó el pájaro, ¿eh?

—¿Cómo habéis tardado tanto? —preguntó el otro.

—A Milton le dio por hacer el loco y estuvo mostrándole a este tipo todo lo de abajo.

—Ese tipo está como una cabra.

—No lo dudes. Cualquier día nos causará un disgusto serio.

Dean Harwell recibió un empujón despectivo que estuvo a punto de hacerle caer de bruces sobre el suelo.

—Camina, amigo. Hay alguien que tiene interés en verte.

Avanzaron lentamente a lo largo del pasillo hasta encontrarse en el vestíbulo de entrada.

Al otro lado de la puerta estaba el jardín.

Y más allá una puerta enrejada entreabierta.

Su única posibilidad de huir.

—Sube.

Le señalaron con un gesto las escaleras de mármol que daban a los pisos superiores de la casa.

Ninguno de los dos individuos que se había unido en el pasillo mostraba arma alguna.

Sólo una pistola.

A cara o cruz.

A una sola carta la vida o la muerte.

Dean Harwell agachó la cabeza y tensó los músculos mientras daba algunos pasos en dirección a la escalera.

Apoyar el pie derecho en el primer escalón y flexionarse hacia atrás inmediatamente fueron dos movimientos sincronizados y fundidos en uno solo por su rapidez y efectividad.

Su cuerpo chocó aparatosamente contra Kirk Pollak, sintiendo que el cañón de la pistola se hundía en su carne haciéndole crujir las costillas.

Kirk Pollak perdió el equilibrio a resultas del sorprendente impacto y cayó de espaldas sin soltar el arma ni haber podido disparar, quedando sentado en ridícula postura sobre el suelo.

Dean Harwell giró sobre su cintura con rapidez y su pierna derecha, lanzada hacia adelante con ímpetu, golpeó con fuerza la mano armada del individuo, desarmándole e impulsando la pistola hacia la pared.

Como una exhalación, sin perder una décima de segundo, intentó dirigirse hacia la puerta, tropezando en su camino con el obstáculo que representaba a humanidad de uno de sus otros dos perseguidores.

Un bestial rechazazo, descargando en el puñetazo la inercia del cuerpo, alcanzó al hombre en el maxilar, proyectándole contra la puerta y derribándola espectacularmente.

Y sonó un disparo.

Dean Harwell mordió un grito de dolor entre sus dientes y notó como su muslo izquierdo era alcanzado por un proyectil.

A duras penas, saltándole lágrimas en los ojos, consiguió abrir la puerta y salir al jardín sin haber reparado siquiera que Kirk Pollak no había siclo el autor del disparo por no haber tenido tiempo materialmente para recuperar su arma.

—¡No vuelvas a disparar, Rey! ¡Y encárgate de la verja!

Dean Harwell echó a correr con desesperación, sin que la herida

abierta en su pierna fuese un serio hándicap.

Notaba la sangre resbalando bajo el pantalón.

Y calor.

Corrió sin detenerse un momento ni reparar en que nadie le perseguía, dándose cuenta que en su mente se abría repentinamente una sospecha desagradable.

Había sido objeto de una encerrona.

De algo tramado seriamente.

Kirk Pollak se había dejado sorprender con relativa facilidad para meterle en la boca del lobo que representaba el sótano y la presencia probablemente ya predispuesta de Leslie Milton.

Y también de los dos hombres que habían esperado tranquila y pacientemente en el pasillo.

Todo calculado previamente con notable sangre fría para desenmascarar con facilidad su condición de agente especial del F.B.I., y no darle siquiera la oportunidad de atribuir a otras causas su presencia en aquella casa.

Siguió corriendo por el jardín, sudando copiosamente y notando que su pierna desfallecía por momentos a cada nueva zancada que daba en busca de una salida que de antemano había dejado preparada ante la eventualidad de un tropiezo semejante al que había padecido.

Al llegar a la altura de la puerta enrejada, Dean.

Estaba cerrada.

Su última posibilidad de huida desaparecía en la negrura de la noche como por ensalmo, confirmando al mismo tiempo plenamente sus temores de haberse metido en una trampa mortal.

Estaba siguiendo los pasos de Roger Burnet.

Los pasos que conducían inexorablemente a la muerte.

Se sintió aturdido y sin fuerzas para proseguir su desenfrenada carrera y dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo mientras muy cerca ya sonaban las sisadas de algunos hombres que se acercaban seguros de su absoluta imposibilidad para escapar.

Kirk Pollak y los otros dos hombres aparecieron enseguida, empuñando sendas pistolas y sonriendo con jactancia.

—Las manos sobre la cabeza, amigo. ¡Y andando!

Dean Harwell tragó saliva y obedeció sin presentar resistencia.

La sangre que le resbalaba por el muslo herido le cosquilleaba

ya en los tobillos y tuvo, bajo el influjo de un vahído, la impresión de que la noche se tornaba roja.

Roja como la sangre que goteaba por su pierna.

Regresaron lentamente hacia la casa y le condujeron al piso superior del edificio.

—¡Pasa!

Kirk Pollak abrió una puerta sin llamar y le empujó con fuerza, haciéndole entrar a trompicones.

La habitación era amplia, amueblada con gusto a base de muebles antiguos de tipo renacentista y con significativos detalles de poderío económico que ya había tenido ocasión de comprobar anteriormente durante la noche pasada.

De pie, junto a la ventana, inexpresivo y como ausente, estaba Leslie Milton, sin su bata blanca, dando la impresión de estar contemplando con interés el jardín y la noche.

Dean Harwell no vio a nadie más, pero tuvo la impresión de que en unión del químico había otras personas dentro de la habitación.

Y no se equivocó.

Berenice Hahn, sentada en un confortable sillón de cuero negro y respaldo alto, hizo girar el asiento con el leve impulso de uno de sus pies, encarándose con Dean Harwell y su asombro.

—Hola, querido. ¿Te apetece también ahora un «*whisky* con hielo»?

CAPÍTULO VIII

ME estoy desangrando...

Dean Harwell no dijo nada más. Avanzó unos cuantos pasos con dificultad y se dejó caer en una butaca mientras Kirk Pollak, colocado siempre previsoramente a su espalda, le apuntaba a la cabeza con su pistola automática.

Berenice Hahn hizo dar una vuelta completa al sillón giratorio y volvió a encararse con el agente, esbozando una sonrisa entre complacida y sardónica.

—No quisiera oírte decir que no estás sorprendido, querido...

Dean Harwell apretó los dientes para soportar el dolor que sentía en su pierna y procuró mostrarse tranquilo.

Todas sus sospechas habían recaído inevitablemente en Richard Hahn, pero ni por lo más remoto había pensado en que Berenice, sofisticada y con aire despreocupado, pudiese ser parte activa y fundamental en todo aquel extraño y desconcertante tinglado.

Al otro lado de la habitación, sentado en un sofá y fumando, estaba también Richard Hahn.

Dos hombres secuestrados.

Un agente del F.B.I., muerto a balazos.

Una organización repugnante y clandestina, fundada sobre la falta de escrúpulos y la ambición de riqueza de ciertos tipos encargados probablemente de los depósitos de cadáveres del Estado o incluso de centros clínicos en donde fallecían personas desconocidas, para poder obtener cuerpos humanos y posteriormente aquel polvo níveo que Leslie Milton le había mostrado con regocijo en el sótano.

Dean Harwell estaba más desorientado que nunca. Comprendía con cierto esfuerzo todos aquellos factores relativos, pero no llegaba

a interpretar ni por asomo el móvil principal de aquel plan fantástico y hasta alucinante.

Berenice Hahn era una persona de constitución física normal y por otra parte Richard estaba al margen de cualquier sospecha de aplicación directa con sólo pensar en las palabras del químico refiriéndose a la circunstancia de que la HGH no tenía efectos en personas adultas.

Tenía que existir un motivo más íntimo y reservado, desechando también la idea de que pudiese haber un interés económico oculto que estuviese fundado en una posible explotación de aquel descubrimiento científico.

Ni Richard Hahn ni su esposa necesitaban, aparentemente al menos, reforzar su sólida situación social y económica.

—Tenemos que charlar de algo muy importante, señor Harwell.

Richard Hahn se había levantado, entreteniéndose con calma en apagar el cigarrillo a medio consumir en un cenicero de plata.

Su tono de voz era suave y reposado.

Demasiado suave.

Dean Harwell respiró hondo y observó el rostro del enano, notando que estaba ligeramente pálido y que sus tres verrugas negras destacaban sobre su piel.

—Veo que cometí un error —dijo sin ganas de entablar un diálogo, pero sabiendo que forzosamente su vida dependía del tiempo que pudiese ganar entreteniéndolo a sus aprehensores.

—Un grave error, diría yo —puntualizó Richard Hahn, sonriendo con gravedad—. La intervención de Roger Burnet nos puso sobre aviso y extremamos nuestras precauciones.

—Todo planeado, ¿eh?

—Todo —apuntilló Berenice Hahn, haciendo oscilar el sillón a uno y otro lado.

Richard Hahn fue acercándose al agente, con las manos en la espalda y la cabeza inclinada hacia delante.

Su postura resultaba grotesca y ridícula.

—Deseamos conocer sus contactos en Newport, señor Harwell. Suponemos con razón que habrá otros agentes inmiscuidos en este asunto y queremos sus nombres y señas.

Richard Hahn tenía prisa.

Una prisa que hablaba de muerte.

Y su cronómetro señalaba sólo las dos menos veinticinco minutos.

—Están poniéndose en ridículo si piensan en que voy a colaborar. Lo haga o no, sé de sobra donde van a ir a parar mis huesos dentro de poco tiempo.

—Hemos arriesgado una fortuna en dinero y una relevante posición social para llevar adelante este plan y no estamos dispuestos a interrumpirlo, señor Harwell. Deseamos que se muestre complaciente y que no haga penoso nuestro trabajo.

—Creo que están cometiendo una locura. Todo esto es absurdo y no tiene ni pies ni cabeza. ¿Qué están intentando?

—Eso es incumbencia nuestra.

Dean Harwell asintió con la cabeza notando que su fortaleza física iba disminuyendo progresivamente a medida que su pierna se desangraba lentamente.

—Adelante entonces. Pueden empezar su trabajo cuando gusten. Era su último desafío.

Y sólo podía confiar en que Gregg Complain hubiese reducido a su antojo el plazo marcado y estuviese ya en contacto con Lana Karpis.

Aquella era su única posibilidad para salir con vida de aquella ratonera.

Su única y remota probabilidad conociendo el temperamento flemático y ordenado de su compañero.

—Tal vez Lana Karpis pueda ayudarnos. ¿No, señor Harwell?

Dean Harwell perdió su sonrisa dolorida y desafiante al oír el nombre de la muchacha en boca de Berenice Hahn.

—Ella está al margen de todo. Fue una casualidad conocerla y una casualidad también que me invitase a la fiesta del otro día.

—¿Quiere que nos creamos eso?

—Es la verdad.

Berenice Hahn se levantó del sillón y se puso a la altura de Leslie Milton, permaneciendo algunos segundos junto a la ventana en actitud pensativa.

—Nunca me agradó esa muchacha. Y tal vez tenga ahora la oportunidad de demostrárselo.

—Apenas nos conocemos. Van a perder el tiempo.

Richard Hahn se colocó a su espalda, rodeando con pasos

menudos la butaca.

—Probaremos. No perdemos nada con ello y tal vez tengamos la ocasión de comprobar de qué pasta especial están hechos los agentes de nuestro Gobierno.

Era una amenaza.

Una amenaza para la integridad física de Lana Karpis y también para su capacidad si la muchacha era maltratada en su presencia para tratar de obtener sus posibles colaboradores.

Y de forma indirecta la absoluta imposibilidad de que Gregg Complain y Harry Bochner pudiesen localizarle si perdían el único contacto previsible para dar con su paradero.

Berenice Hahn volvió a sentarse en el sillón y cruzó una pierna sobre otra con indolencia.

—Cuarenta y cinco, de Eustis Avenue —dijo con calma—. Y no pierdan el tiempo. Estoy deseando ver la cara de esa modelo.

Los dos hombres que habían permanecido junto a la puerta salieron inmediatamente de la habitación sin esperar más instrucciones.

Y hubo un silencio.

Dean Harwell se tocó la pierna malherida comprobando que la mancha de sangre se había extendido mucho más.

El dolor era ya sordo y apenas sentía el miembro.

Miró a Berenice Hahn con fijeza, contemplando durante un rato su belleza excitante y ardiente.

Richard Hahn había jugado su carta con demasiadas ventajas y era hasta cierto punto lógico que la balanza de la astucia se hubiese inclinado definitivamente de su lado.

Una mujer como Berenice tenía muchas armas a su alcance y había sabido usarlas con rapidez y perfección encomiables, sin suscitar ni la menor sospecha.

—No le dé tantas vueltas a la cabeza, señor Harwell —apuntó Richard Hahn, con burla, como si hubiese presentido los pensamientos del hombre—. Ya no tiene remedio.

—¿Puedo tomar un «whisky»?

—Pónselo, Berenice.

La mujer obedeció en silencio, con una amplia sonrisa en sus labios.

—Toma, encanto.

Dean Harwell apuró un trago y se sintió más confortado. Luego chasqueó la lengua y movió la cabeza en sentido negativo.

—No puedo entenderlo.

Richard Hahn se sentó enfrente del agente.

—Nuestro problema es muy sencillo, Harwell. Desgraciadamente no todos los avances de la Ciencia están a disposición de la Humanidad. Y éste es uno de ellos.

—Sigo sin comprenderlo.

—Berenice y yo tenemos dos hijos.

Dean Harwell frunció el entrecejo para dominar su asombro.

Algo íntimo.

Algo casi propio.

Dos hijos.

La explicación tan sencilla le hizo temblar de pies a cabeza y pensar inmediatamente que ninguno de aquellos dos seres se encontraba en plenitud de su razón mental.

Un secuestro penado por las leyes federales.

Un hombre al servicio de la ley baleado sin piedad.

Y todo por un deseo insensato de orgullo que rozaba los límites de la esquizofrenia.

Por dotar a dos seres humanos de una complexión y estatura normal.

—Pero...

—Sólo es el principio, señor Harwell. El principio. Cuando me enteré de ese extraordinario descubrimiento científico fui el primero en acudir para que mis hijos fuesen sometidos a un tratamiento especial y me lo negaron. Ni siquiera mi dinero pudo convencerles. La HGH se obtiene de cuerpos humanos muertos y no es posible por ahora conseguir dosis en suficiente cantidad. ¡Y mientras en el mundo existen cientos y miles de seres como yo y mis hijos, arrastrando y enseñando sus deficiencias físicas, cada día se entierran a miles de personas para que esas glándulas cerebrales se pudran en tumbas miserables!

—Usted está loco.

Richard Hahn se levantó del asiento como si le hubiesen pinchado. Tuvo un acceso de cólera inicial, pero luego pudo dominarse con una sonrisa helada.

—No lo crea. Pensamos mucho en esto antes de decidirnos. Y no

nos guía otro deseo que hacer un bien a cierta parte limitada de la Humanidad. Usted es un hombre alto y fuerte, seguro de sí mismo... ¿Por qué no piensa en nosotros? ¿Por qué no piensa en personas que son el hazmerreír de toda la gente y tienen casi que vivir ocultos como topos para no sentir la vergüenza de su condición?

—No va a llegar a ningún sitio con esa fantástica idea, señor Hahn.

—Se equivoca, Harwell. Pienso llegar muy lejos. Tan lejos como pueda. Cuento con la colaboración de Leslie Milton y Gregory Farwell continuará trabajando por la cuenta que le tiene si no quiere que su familia sufra las consecuencias de una negativa suya. Y si es preciso conseguiré nuevos químicos y se les especializará en esta labor. El dinero mueve montañas y afortunadamente me sobra.

—Han matado a un hombre del F.B.I. Eso les llevará directamente a la silla eléctrica.

Richard Hahn no hizo el menor caso de las palabras del agente. Sus ojos estaban turbios y enrojecidos por la emoción que vibraba en sus palabras.

Y prosiguió:

—Esos dos muchachos que ha visto en el sótano nos han servido de experiencia. Someteré a tratamiento a mis hijos, luego a los de mis familiares y finalmente a todo el mundo que me lo pida. Créame, señor Harwell, que no se trata de un sentimiento de egoísmo personal. Yo no puedo verme beneficiado, pero conseguiré que lo sean otros. ¡Todos los seres de mi condición que podrán hablarle al mundo de tu a tu, sin complejos ni temor! Y si es necesario levantaré las tumbas de todos los cementerios hasta que el Gobierno razone y se dé cuenta de que son justas nuestras pretensiones y no dañan a nadie.

Dean Harwell se secó el sudor que le bañaba la cara y bebió un poco de «*whisky*» para quitarse el sabor pastoso y desagradable que se pegaba en el paladar.

Ya no le quedaba la menor duda de que Richard Hahn era un demente, un ser trastornado e impulsado por su sentido de inferioridad.

—Con el tiempo se crearán bancos de hipófisis, señor Hahn. Sólo hubiese sido cuestión de esperar y tener paciencia.

—Paciencia es lo único que nunca he tenido. Y tampoco la

tendré con usted. ¿Quiénes le están ayudando?

—Sigue perdiendo miserablemente el tiempo si piensa que voy a decírselo.

Richard Hahn encajó la contestación del agente sin pestañear y con una sonrisa insidiosa.

—Está bien. ¡Como quiera! Como usted ha dicho antes sólo es cuestión de esperar. Tal vez cuando tengamos aquí a Lana Karpis cambie de modo de pensar.

Dean Harwell se recostó en la butaca y estiró la pierna herida con precaución.

Su reloj señalaba las dos menos cuarto.

Lana Karpis escuchó el sonoro timbrazo con un sobresalto y dejó el libro que estaba leyendo sobre la mesilla de noche.

Un pequeño despertador marcaba las dos de la mañana.

Era una hora intempestiva, extraña...

Se incorporó en la cama y durante un rato permaneció pendiente de que se produjese una nueva llamada confirmativa de la anterior.

El timbre volvió a repiquetear con fuerza por dos veces seguidas.

Ya no había duda y Lana Karpis saltó del lecho, poniéndose con rapidez una bata de seda azul.

—¿Quién llama?

—Venimos de parte del señor Hahn. ¡Ábranos, por favor!

—¿Qué desean?

—Tenemos que entregarla un recado en mano.

Lana Karpis se humedeció los labios y titubeó durante algunos segundos junto a la puerta, sin decidirse a franquear el paso de los nocturnos visitantes.

Resultaba hartó extraño que Richard Hahn deseara algo a tal hora.

Y ella estaba sola.

—¿A estas horas?

—Se trata de algo urgente.

Lana Karpis se anudó el cinturón y procuró que la bata le cubriese más la parte alta del pecho antes de abrir la puerta.

—Buenas noches —saludó, mirando a los dos hombres con prevención.

—¡Vístase!

Fue una orden tajante e imperiosa.

Uno de los dos visitantes colocó inmediatamente su mano derecha sobre la puerta y empujó con firmeza.

—Pero...

—No discuta, señorita Karpis. ¡Y dese prisa!

—No lo entiendo.

—El señor Hahn desea verla.

—¿Verme?

Con Richard Hahn le unía amistad superficial nacida de las ocasiones en que había desfilado como modelo para su esposa y amistades, en las fiestas que ocasionalmente se daban en Ridge Road.

—Me parece que no es una hora muy apropiada.

Sus palabras dejaron traslucir una inquietud demasiado femenina para que los dos hombres no fuesen capaces de captar en toda su intensidad el temor de la muchacha.

—No te asustes, guapa. Con el señor Hahn está también su esposa.

Lana Karpis alcanzó una pitillera de piel y encendió un cigarro con prisas, sin poder dominar el temblor de sus dedos.

—No pienso moverme de aquí. Si desean verme pueden venir ellos a...

—No nos gusta repetir las cosas muchas veces, preciosa. ¡Y si mal no recuerdo te hemos dicho que te vistas! ¿O prefieres que te llevemos así?

Los dos asalariados de Richard Hahn habían penetrado decididamente en la habitación cerrando la puerta tras de sí.

Sus modales y sobre todo su lenguaje abusivo en el tono y la expresión hicieron que el temor preventivo de la mujer se convirtiese en miedo.

Sólo el hecho de que la fisonomía de ambos individuos le resultaba ligeramente familiar por haberlos visto cómo sirvientes en Ridge Road le hizo sentirse un poco más confiada, pero aun así se negó a vestirse con firmeza.

—No iré a ninguna parte. Y será mejor que se vayan si no quieren que llame a la policía.

Uno de los dos hombres se acercó excesivamente, mirándola con descaro y hasta deseo.

—No nos des la oportunidad de acariciarte, muchacha. El señor Hahn ha dicho que te llevemos y vendrás con nosotros por las buenas o por las malas. ¿Está claro?

—¡Salgan de aquí!

Lana Karpis retrocedió apresuradamente hacia el teléfono, pero no pudo siquiera acercarse a la mesa que soportaba el aparato.

Una mano férrea le agarró la muñeca y le hizo doblarse por el dolor.

—Me está haciendo daño...

—Puedo asegurarte que mi deseo es otro, preciosa, pero no tenemos otro remedio. ¡Entra en tu habitación y vístete! ¡Procuraremos mirar sólo lo indispensable!

—Es usted un...

Un empujón violento la hizo caer al suelo.

Los dos hombres se miraron con una sonrisa y luego posaron sus ojos en las pantorrillas de la mujer.

Y en su busto.

Lana Karpis se incorporó con rapidez, muy pálida y visiblemente nerviosa.

A regañadientes, con la vista de los dos hombres fija en su escultural cuerpo se vistió precipitadamente, sin decir palabra, y recriminándose interiormente por su estupidez de haber abierto la puerta de su apartamento a dos hombres.

—¡Andando, preciosa! ¡Tenemos un coche abajo!

Lana Karpis recogió un bolso de mano y abrió la puerta.

Pero no cruzó el umbral.

Dos hombres vestidos con sobriedad y de aspecto atlético estaban frente a la puerta y daban la impresión de haberse sorprendido al franqueársele la entrada cuando justamente estaban dispuestos a llamar.

—¿Es usted Lana Karpis?

—Yo soy...

Gregg Complain sonrió con delicadeza.

Y luego, frunciendo el ceño, miró a los dos hombres que estaban tras la muchacha.

Que hubiese un solo individuo podía resultar normal con sólo analizar de un vistazo la excepcional belleza de la mujer, pero que dos tipos se encontrasen en la habitación a tan altas horas de la

noche no tenía nada de lógico.

Salvo que pudiese haber dentro otra hembra.

Harry Bochner, más mundano que su compañero, fue mucho más perspicaz.

Ni aquellos dos tipos tenían pinta de «juerguistas» de alto nivel económico ni la muchacha presentaba indicios de que pudiese dedicarse a la vida pública.

—Somos agentes federales, señorita Karpis. Y estamos buscando a un hombre llamado Dean Harwell. Él nos dijo que...

Esta vez fue Gregg Complain más intuitivo que su compañero.

Los dos individuos daban evidentes señales de azoramiento y la presencia repentina que de sus personas había hecho Harry Bochner les hizo palidecer notablemente, aumentando de forma considerable el nerviosismo del que estaban dando inequívocas muestras.

—¿Iba usted a salir?

Lana Karpis tragó saliva y abrió la boca mientras un escalofrío le sacudía la espalda como si fuese una vibración eléctrica.

—No —dijo sin aliento.

Harry Bochner miró a la muchacha con detenimiento y preocupación mientras procuraba no perder de vista los posibles movimientos de los dos hombres que estaban situados tras ella.

—¿Está segura?

—Iba a...

Gregg Complain dio la voz de alarma.

—¡Bochner!

Harry Bochner tiró de la muchacha con fuerza y rapidez, cogiéndola por un brazo.

Uno de los dos hombres había extraído de su chaqueta una pistola mientras el otro trataba torpemente de abrirse paso por el pasillo con ánimo de alcanzar la escalera y la calle.

Sonaron dos estampidos y uno de los proyectiles alcanzó superficialmente a Gregg Complain en un hombro, derribándole mientras trataba a su vez de apoderarse de su pistola para repeler la repentina fisión.

Larry Bochner, moviéndose con rapidez, consiguió interponerse en el camino del sujeto que intentaba huir, eludiendo un ataque furibundo y sin el control preciso.

Una presa fácil y contundente hizo al individuo dar una cómica

pirueta en el aire para desplomarse después de brucear contra el suelo.

Allí, a gatas, intentando levantarse, avanzó unos cuantos metros torpemente sin poder escaparse del acoso inmediato del agente.

Harry Bochner le golpeó con ambas manos en los costados y el sujeto soltó un respingo de dolor, aplastándose definitivamente contra el entarimado, cortada la respiración y sangrando abundantemente por las narices reventadas al caer.

Dos disparos, brotados de la pistola de Gregg Complain, habían retumbado mientras tanto entre las estrechas paredes del pasillo y el hombre que permanecía todavía en el interior del apartamento retrocedió alcanzado por las balas.

Una pequeña mesa se derrumbó bajo su peso y un florero de porcelana se hizo añicos en el suelo, desperdigando por la habitación un ramo de flores que empezaba a marchitarse.

—¿Qué ha sido?

Gregg Complain mostró una sonrisa dolorida, pero serena.

—No descuides a ese tipo.

—¿Duele?

—Un poco.

Harry Bochner levantó al tipo que había intentado huir y le arrinconó contra la pared, agarrándole por la camisa.

—Pon las manos en la pared y no se te ocurra moverte.

Le cacheó con rapidez y habilidad, despojándole de un pequeño revólver calibre «38».

—Tengo la impresión de que debemos darnos mucha prisa, Gregg. Sin duda Dean Harwell debe estar esperándonos.

Gregg Complain comprobó con desagrado que sus disparos habían sido demasiado efectivos y retornó al pasillo, en cuya pared Lana Karpis estaba apoyada con aspecto anonadado.

—¿Qué ocurre?

Harry Bochner se encogió de hombros.

—No nos lo pregunte, señorita Karpis. Apenas tenemos idea. Deseamos que nos lleve inmediatamente a una casa que está en Ridge Road. Dean nos dijo que usted...

—Tengo la impresión de que nuestro amigo puede evitarle el viaje a la señorita Karpis, Harry —comentó Gregg Complain, fijándose en el individuo que permanecía de espaldas a la pared—.

Nos ha oído, ¿verdad?

—No sé de qué me están hablando...

—Querían llevársela, ¿no es así?

Lana Karpis asintió con la cabeza.

Harry Bochner agarró al sujeto por la chaqueta y e hizo dar media vuelta.

—En camino, amigo. ¡Y de prisa!

Gregg Complain se detuvo junto a la mujer mientras Harry Bochner y el sujeto apresado avanzaban por el pasillo hacia las escaleras.

—Harwell estuvo con usted hace unas noches, ¿no es cierto?

—Sí, pero no entiendo nada de todo esto. Esos dos hombres llegaron hace un momento y quisieron sacarme de casa sin reparar en modales. Lo único que sé es que son dos sirvientes de Richard Hahn, el dueño de la casa de Ridge Road...

—Quédese aquí y no salga.

Lana Karpis dio un par de pasos en pos del agente herido.

—Quisiera ir con ustedes. Ahí dentro...

Gregg Complain hizo una mueca comprendiendo la insinuación de la muchacha, refiriéndose al hombre que había sido baleado segundos antes en defensa de su vida.

—Los muertos no hacen nada, señorita Karpis.

—De todas formas...

El agente consintió con un movimiento afirmativo de cabeza.

—Está bien. Tal vez sea lo mejor. Así podría ir explicándonos algunas cosas mientras vamos en busca de Dean.

Salieron juntos.

Harry Bochner estaba ya al volante de un viejo «buick» de color negro.

—Iremos en el coche de este amigo —dijo, refiriéndose al individuo apresado—. Tengo la impresión de que nos resultará más fácil entrar en esa casa.

Gregg Complain se situó en la parte posterior del asiento tras haberse quitado la chaqueta para poder comprobar el alcance de su herida.

A su lado, Lana Karpis, muy pálida, retiró la vista de la camisa manchada de sangre.

—Es una lástima que no sea usted enfermera...

EPÍLOGO

GREGG Complain sujetaba con su mano izquierda el periódico que ojeaba con aire distraído mientras su brazo derecho descansaba en posición horizontal sobre el soporte que representaba un gran pañuelo anudado al cuello.

A pesar de la sombra que se proyectaba sobre la terraza del «Marrangasett Hotel» hacía un calor pegajoso y difícilmente soportable.

Sobre una mesa metálica había tres «*whiskies*».

Y sentados enfrente, en sendas sillas de mimbre, Harry Bochner y Dean Harwell prestaban más atención a determinadas pantorrillas que se lucían con profusión que a la bebida.

La localización de Dean Harwell y la detención del matrimonio Hahn, en unión de Leslie Milton y Kirk Pollak, no había presentado serios obstáculos.

La sorpresa de su presencia de la casa de Ridge Road y la colaboración forzosa del hombre detenido en el apartamento de Lana Karpis habían sido factores fundamentales que habían resuelto la ingrata misión sin nuevas dificultades.

Gregory Farwell descansaba ya en una de las habitaciones del hotel y contaba con un billete de avión que le llevaría a California al día siguiente.

Y el resto, la desarticulación de la macabra organización montada por Richard Hahn, era ya sólo cuestión de tiempo y de una actividad posterior sin grandes problemas.

Todo se había resuelto satisfactoriamente y el peculiar caso de la HGH sería pronto un concienzudo informe archivado en las oficinas centrales del F.B.I.

—¿Cuándo volveréis a Providence?

Harry Bochner no hizo el menor caso a la pregunta.

Su atención estaba absorbida totalmente por unas piernas morenas y tersas.

—¿Qué te parecen, Dean?

Dean Harwell miró a las dos muchachas que conversaban en una mesa próxima y se encogió de hombros.

—Pregúntaselo a Gregg.

Gregg Complain retiró la vista del periódico y miró a sus dos compañeros con aspecto distraído.

—¿Qué estáis diciendo?

Los dos hombres rieron el despiste del agente.

Harry Bochner puso cara de inocente.

—No te creas que nuestro amigo es tan insensible a las faldas como quiere dar a entender, Dean. La otra noche deseaba fervientemente que esa muchacha amiga tuya fuese enfermera.

—¡No!

—Sí.

Gregg Complain hizo un gesto despectivo y alcanzó uno de los vasos con dificultad.

—Volviendo al caso...

Dean Harwell se levantó haciendo un esfuerzo.

—¡Ajé! —exclamó, negando con la cabeza—. Siento decirte que estoy de vacaciones, querido Gregg. No quiero volver a oír hablar de hormonas ni zarandajas por el estilo. Ya lo hemos comentado debidamente durante todos estos días.

Harry Bochner se sobresaltó.

—¿Te vas, Dean?

—Por supuesto.

—Pero... ¿Y esas dos bellezas?

—Tengo un compromiso a las siete en Hazard Beach, Harry. Lo siento. Y pensándolo bien —añadió con malicia— tal vez alguna de ellas sea enfermera, ¿no?

Gregg Complain le miró con irritación fingida.

—Tengo que hacer un informe del asunto, Dean, lo advierto. Y por cierto un informe veraz que quieras o no irá a parar a manos de nuestro amigo Galli.

—Todavía tengo unos días de descanso por prescripción médica y puede que el plazo se tenga que alargar —manifestó, palpándose

la pierna herida—. Cada problema a su debido tiempo.

—Te advierto que...

—Harwell movió la mano derecha a guisa de saludo y se dirigió directamente al aparcamiento del en busca de su coche.

Al andar renqueaba considerablemente y se apoyaba en un bastón.

En Hazard Beach el calor era intenso y una muchedumbre abigarrada y festiva correteaba por la arena de la playa o se bañaba en las aguas templadas.

Raúl hizo nuevamente de guía y el agente se sentó bajo la sombra protectora de una sombrilla colorinesca.

—Con hielo, ¿verdad?

—Con mucho hielo, Raúl.

Dean Harwell miró al camarero con una sonrisa y encendió un pitillo.

Sabía que su vida había estado al borde de la tumba y aquella sensación de peligro que todavía subsistía le insuflaba de unos deseos ardientes de gozar y divertirse como nunca.

Fumó tres cigarros con prisa y bebió dos «whiskies».

Y al fin, como siempre, apareció Lana Karpis, caminando con su habitual torpeza graciosa por la arena.

Dean Harwell dio un suspiro y sintió que las ganas de vivir se centuplicaban al contemplar a la muchacha.

Lana Karpis le sonrió desde muy cerca y agitó su mano en señal de saludo.

Llevaba puesto un bikini negro.

Muy negro.

Negrísimo...

FIN



Concesionarios exclusivos en América

EDITORIAL AMERICA, S.A.

2180 S.W. 12 Avenue
MIAMI, FLA. 33145- USA



**AGENTE
FEDERAL**

FBI



EDITORIAL ROLLAN, S.A.

PINTO (Madrid)

10
Ptas.

NOTAS

[1] Mariscos de concha blanda muy codiciados y que abundan en la bahía de Narragansett. < <

[2] Nomenclatura de Human Growth Hormone (HGH). Esta hormona, la sustancia más importante del organismo de hombre, se produce en el lóbulo anterior de la hipófisis, que a su vez regula el contenido hormonal del cuerpo humano. < <

[3] Rigurosamente cierto. < <